

# **RECUERDOS DE UNA ÉPOCA**

en que el Ing. Fernando García Roel fue Rector  
del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores  
de Monterrey. Enero 1960 — Enero 1985

*LAURA MOLINA DE GARCÍA ROEL*

© Laura Molina de García Roel  
Derechos reservados por la autora

**CONTENIDO**

PROLOGO SEGUNDA EDICIÓN .....	1
PRÓLOGO PRIMERA EDICIÓN .....	3
ANTECEDENTES .....	5
SOBRE LA MARCHA.....	13
ESCUELA DE CIENCIAS MARÍTIMAS .....	18
DISTURBIOS ESTUDIANTILES Y LA TOMA DEL GIMNASIO.....	23
TRAGEDIA PERSONAL .....	26
LA INOLVIDABLE ESCUELA DE VERANO .....	30
PREPARATORIA A SU CAMPUS INDEPENDIENTE.....	33
EL APREMIO DE LAS FINANZAS .....	35
CIUDAD OBREGÓN — SEGUNDA EDICIÓN EN SONORA.....	40
UNIDAD DE QUERÉTARO .....	43
DON EUGENIO.....	47
SIN GUÍA.....	49
LA CIUDAD DE MÉXICO .....	51
SALTILLO Y UNIDAD LAGUNA.....	53
EL TEC EN MONTERREY A LA VANGUARDIA.....	58
EL PROYECTO ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO, Y SU LARGA GESTACIÓN.....	64
TAMBIÉN SE SOÑÓ EN FALSO.....	70
DIGRESIONES, SENTIMENTALES Y OBJETIVAS.....	75
HONOR A QUIEN HONOR MERECE.....	80
ASPECTO FÍSICO DE MIL CARAS .....	86
LOS AÑOS DORADOS.....	90
ESCUELA DE MEDICINA .....	95
RETIRO A TIEMPO .....	102
BREVE SECUENCIA.....	106



## PROLOGO SEGUNDA EDICIÓN

Este librito ha tenido su historial. Desde 1976 me inquieté por primera vez para escribir “algo” sobre la época que estábamos viviendo Fernando y yo en el Tecnológico de Monterrey. Aquello era una vivencia absorbente y fascinante.

En 1982, cuando Rodrigo Mendirichaga escribía un libro que sería la historia del Tecnológico desde sus inicios hasta el año en que él escribía, Fernando le prestó mi incipiente manuscrito. Me halagó mucho que Rodrigo escogiera algunos de mis comentarios y anécdotas para incluirlos en su libro, y fue así como por primera vez aparecieron en letra de molde.

Posteriormente, con motivo del 50 Aniversario de la fundación del Tec, retomé mi viejo proyectito y vi impreso nuevamente, en su forma terminada, los “Recuerdos de una Época,” 1993.

Tiempo después, nuestros finos amigos de Ciudad Obregón, Sonora, Javier y Alma Bours Almada, me obsequiaron una edición de lujo. Sin embargo, ésta también resultó insuficiente para la demanda que sorpresivamente teníamos. Y terminó el texto circulando en copias Xerox.

Para contar otra vez con ejemplares bien presentados, a principios del ‘99 nosotros decidimos hacer una pequeña edición — revisada, actualizada y, quizás, con algunas fotos. Aprovecharíamos para regalar el libro a las bibliotecas de todo el Sistema Tec, y enviar ejemplares a amigos dispersos que pudieran interesarse.

Al estar en esto, *literalmente*, recibí un mensaje electrónico de parte de los Ex-a-Tec de Sonora ¡pidiendo mi autorización para re-editar los “Recuerdos”! Vaya sorpresa, pues para ayudar a los “muchachos de antaño,” con fines de un proyecto para recabar fondos y ayudar a estudiantes necesitados del Tec, no tenía yo objeción posible.

Sin embargo, tal como lo habíamos pensado nosotros con anterioridad, hicimos la pequeña edición por nuestra cuenta y de esa manera pude

yo entregar a los Ex-a-Tec, para su edición, todo el trabajo de revisión y el “CD ROM-Camera Ready” ¡con la ayuda de un experto en ciencias computacionales! De pilón, les enviamos a los Ex-a-Tec algunos ejemplares como muestra, y los 35 ejemplares de pasta dura para las Bibliotecas, ya que ellos se habían comprometido a hacerlos llegar a su destino.

Ahora, serán los egresados del Tec, respondiendo al proyecto de la asociación Ex-a-Tec de Sonora, quienes se encargarán de darle su destino final al libro “Recuerdos de una Época.”

Laura Molina de García Roel  
9 de septiembre de 1999

## PRÓLOGO PRIMERA EDICIÓN

Durante una visita que hacía yo a Ciudad Obregón, no pude alojarme en mi hotel favorito, El Valle Grande, porque estaba repleto con las “huestes” del Presidente Echeverría, quien andaba de gira por Sonora. Me quedé en el motel Costa de Oro, en donde se hospedaba también el ex-gobernador Faustino Félix. Éste, aunque de Ciudad Obregón, por problemas matrimoniales se alojaba en ocasiones en el Costa de Oro y se desayunaba y “despachaba” todos los días en el pequeño restaurante del hotel.

Ese día acompañaba a Faustino Felix el periodista Enguerrando Tapia. Éste escribía una columna en el periódico “La Tribuna,” propiedad de Don Faustino. El mismo día había aparecido en la columna de Enguerrando el comentario de que habían llegado a Ciudad Obregón “las manos extrañas que se meten en la educación superior de Sonora.”

Don Faustino me cuestionó delante de Enguerrando, con el tono bromista que con frecuencia usaba conmigo, “¿Conque llegan las manos extrañas a Sonora, Ingeniero?” Al contestarle yo, en igual tono de broma, “¿Pues qué quiere? es sólo una cucharadita del chocolate que yo tomo diariamente en Monterrey,” Don Faustino exclamó extrañadísimo, “Pero ¿cómo? si usted es de Monterrey.”

“Por supuesto. Pero mi *esposa* es sonorenses, y ¡sus manos son las extrañas que se meten en la educación superior de Monterrey!”

Enguerrando se carcajeó diciendo, “Ah, entonces está usted perdonado, Ingeniero,” y ... ¡salimos empatados!

Ahora, más de ocho años después de mi retiro, mi querida Laurita me ha pedido que escriba un breve prólogo para sus “Recuerdos.” Al leerlos, ya terminados, he constatado nuevamente y con renovado agradecimiento, que su injerencia en el Tec, al ser mi mejor y más leal consejero, ¡fue aun mayor de lo que yo mismo percibía!

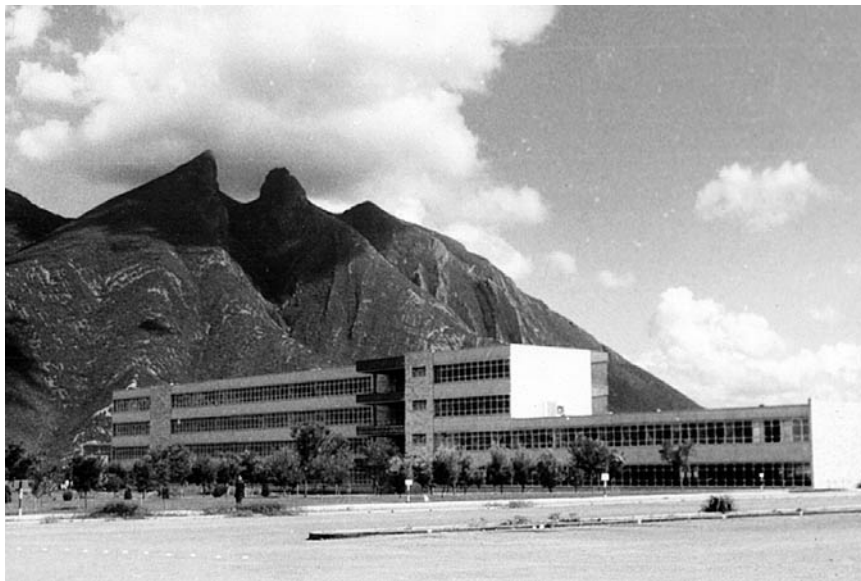
Fernando García Roel.



## **ANTECEDENTES**

Esta historia no es un relato objetivo. Está plena de apasionamiento y sentimiento. Porque sencillamente no se vive la vida con el ojo crítico del historiador. Aunque el historiador, por muy académico que sea, tampoco pueda desligarse de su propia experiencia y prejuicios. Así que, viéndolo bien, ningún relato es enteramente objetivo y confiable.

El mío empieza con el día en que Fernando fue nombrado Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, el primero de enero de 1960. Para la vida promedio de rectores universitarios en nuestro país, los 25 años que fue Rector Fernando constituyen por sí solos, un hecho sobresaliente. Y si escudriñamos el intenso vivir y quehacer de esos mismos años, veremos que encierran una rica experiencia.



Los inicios del Campus Monterrey.

Todo hecho presupone antecedentes. Y así me viene a la memoria el tiempo anterior a la designación de Rector. En un septiembre de 1958, corrió la noticia de que el Ing. Víctor Bravo Ahuja, entonces Rector del Tecnológico, sería llamado a servir en el gabinete del presidente electo Adolfo López Mateos. Qué sensación. ¡Qué torrente de conjeturas y presagios! La comunidad académica del Tec se



Contemplando el futuro...

estremeció junto con la comunidad regiomontana, y los hechos se sucedieron rápidamente.

El Ing. Bravo Ahuja pidió un año de licencia (para probar fortuna en el entonces desconocido e inquietante mundo político) y se despidió de Monterrey — ya con la designación de Sub-Secretario de Educación Pública — con admiración, algo de envidia y muchos parabienes. Mientras él iniciaba la carrera política que duraría 18 años, el Tecnológico entraba en un periodo de desconcierto y titubeos.

Cinco eran aparentemente los candidatos a suceder al Ing. Bravo Ahuja: José Emilio Amores, Elliot Camarena, Emilio Guzmán Lozano, Alfonso González Segovia y posiblemente Fernando García Roel. Fernando no acababa de encajar bien en la lista porque además de ser el "bronco norteño," venía de una familia liberal que no se identificaba con el medio conservador y clerical.

Pero el hecho es que Fernando se sintió calificado. Tan es así que canceló un viaje a Europa — largamente proyectado — para situarse en “la polla.” El viaje de estudios, con duración de seis semanas, se había concedido a tres profesores del Tecnológico: Mario Cortés, José María López Barañano y Fernando, bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, y representaba para Fernando un proyecto acariciado. Yo misma había trabajado meses enteros, como profesora de español en el Consulado Americano, para comprarle y regalarle una Retina Reflex — cámara fuera de nuestras posibilidades entonces — que había de fotografiar sus primeros recuerdos del Viejo Mundo.

La cámara se quedó en casa. Y Fernando, seguro de que si partía en una época tan decisiva perdería su remota posibilidad, asumió una serie de nuevas responsabilidades. Porque la decisión del Consejo del Tecnológico fue dividir los quehaceres del Rector mientras pasaba el año de licencia y el Ing. Bravo Ahuja decidía si volvía al Tec o se quedaba en la ciudad de México.

Fue un año amargo, pues un mando dividido en cinco partes es siempre un mando débil, que además genera inseguridad y es campo fértil para la intriga y la guerra de posiciones. De ahí que Fernando sostenga que el cambio debe ser claro, definitivo. El “funge que finges y finge que funges” — frase célebre de un querido amigo, Eduardo Elizondo — se le grabó en la mente. Por fortuna, el prestigio del Tecnológico era ya lo suficientemente sólido para aguantar un periodo de dolorosa transición, y al renunciar el Ing. Bravo Ahuja como Rector, las cartas se inclinaron por Fernando. Digo cartas, pero mucho sospecho que fue la carta: el As de Espadas. Don Eugenio Garza Sada, fundador del Tecnológico y Presidente del Consejo desde su inicio en 1943, era, como ya es bien sa-

bido, un hombre “líder” que imponía su voluntad, muy a pesar de su aspecto tímido y su peculiar estilo reservado. Ya para cuando el hombre hablaba, su decisión era firme e incontrovertible. Con seguridad, durante el año de licencia del Ing. Bravo Ahuja, estuvo rumiando la designación y cuando se oyó su voz, se oyó definitiva. Así pues, Fernando pasó a ser el “cuarto titular” del Instituto Tecnológico de Monterrey. Ni León Ávalos Vez ni Roberto Guajardo llevaron por título “Rector;” el nombre de Director General se cambió a Rector siendo el Ing. Bravo Ahuja el titular. Visto de esta manera, Fernando entonces sería el segundo RECTOR.

No pretendo analizar por qué fue Fernando y no otro el designado, pues tendría que conocer todos los elementos de juicio de



Don Eugenio con los primeros cuatro “titulares” del Tec (de izquierda a derecha): Roberto Guajardo (segundo director), Víctor Bravo Ahuja (tercer director y primero como rector), Don Eugenio Garza Sada, Fernando (segundo rector, cuarto titular), y Ávalos Vez (primer director).

Don Eugenio y él no era muy afecto a dar explicaciones. Pero ya sobre la marcha, sin embargo, Don Eugenio fue un mentor sólido, firme en su apoyo, y decidido a que Fernando se afianzara en la Dirección del Tecnológico. Porque es de justicia reconocer que los primeros años fueron de aprendizaje; no se llega de la noche a la mañana a manejar con seguridad las riendas de una institución educativa compleja, compuesta, como tantas veces ha dicho Fernando, de cientos de genios. Porque ahí está precisamente la diferencia entre una universidad y otra empresa: cada empleado (es decir, cada profesor) se siente tan capacitado como el mismo Rector para ser “la cabeza.” En otras palabras *no hay peones, sino solamente generales.*

Fernando había sido profesor del Tec durante 15 años, antes de ser Rector. Conocía la docencia y le gustaba. Como todo profesor que siente la vocación plenamente, daba sus clases con entrega y cariño; se hizo tradicional el “nunca falta a clase y nunca llega tarde.” Salvo una única vez — el día en que nació su primer hijo — y faltó a “clase de 8.” El segundo hijo, que nació años después, se programó para que naciera a una hora más conveniente — a las nueve de la noche — ¡y no hubiera interrupción de clase!

La verdad es que Fernando, como todo buen profesor, no sentía hacer algo fuera de lo normal. Su compromiso con los estudiantes era, simplemente, lo más importante. Quería a los muchachos y lo querían. Por años ha seguido recibiendo muestras de afecto de los que fueron sus alumnos.

Con especial regocijo recordamos aquel momento en que Héctor Luna Lastra, en un homenaje a Fernando — en Córdoba, Veracruz — pidió la palabra para decirle, “Ingeniero, yo no vengo a hablar de su labor como Rector. Como maestro que fue de tantos y

tantos jóvenes como yo, le digo con el corazón en la mano, ¡fue usted un profesor chingón!” Con buen estilo veracruzano, textualmente usó la palabrota, primero ante el asombro de la concurrencia, y después, con un sonoro aplauso y carcajadas generales.

Conocía también a sus colegas. Sabía que el profesor universitario — a pesar de ser un “genio” — es tan frágil y tan contradictorio como el más débil de los mortales. Y que al convertirse en “jefe” tendría que convertirse en un mago de la diplomacia. Imagínense la tarea, ¡de bronco norteño a diplomático! Lo de diplomático es un decir, claro está, porque sería como “pedirle peras al olmo.” Pero sí tuvo que aprender a frenar sus impulsos de abierta franqueza; sí tuvo que moldearse a los requerimientos de un equipo difícil y en ocasiones, hostil.

Nunca perdió el concepto de que la buena marcha del Tec dependía de un buen trabajo en equipo. Y si se reflexiona en el éxito del Tecnológico, buena parte de él se puede atribuir al éxito de sus diversos componentes. No ha sido obra de uno, sino de muchos. Se han conjugado ideas y esfuerzos en una continuidad que al final de cuentas se puede resumir en el comentario repetido de Fernando, “el trabajo en equipo es la fuerza.”

Para consolidarse como Rector, Fernando contaba con varios atributos de liderazgo: mente analítica y capacidad de trabajo. Sabía muy bien que no había ganado un concurso de popularidad y que si llegaba a tener éxito sería a base de producir ideas y trabajar con tenacidad. Conocía muy bien algunos juicios que circulaban en el Tec. Aquel en que un profesor (Pedro Reyes Velázquez) había pronosticado, “Si llega García Roel a la Rectoría, no dura ni un mes,” y el otro de Nicolás Gómez Pimienta, convertido después en leyenda, “García Roel...pues es buen candidato, pero lástima... ¡lástima

que esté tan loco!” A los que sueñan en grande con frecuencia se les tilda de locos, no cabe duda.

Pronto se dio cuenta Fernando que el trabajo de Rector iba a ser más variado que aun su “locura” lo imaginara. Apenas estrenaba el sillón de Rectoría el 4 de enero de 1960, cuando irrumpió en su oficina su amigo y colega, J.F.C. Wirth. Sin saberlo, así se iniciaba una anécdota legendaria, a la que después se agregarían decenas. El Dr. Wirth, evidentemente fuera de sí, abrió la puerta gritando, “Ingeniero, Ingeniero, ¡un alumno leproso en el Instituto! y en mi clase. Esto no puede ser, ¡no puede permitirse!”

No sabe Fernando como logró calmarlo, pero poco a poco pudo sacarle un relato coherente. Antes de las vacaciones de Navidad, el Dr. Wirth había encargado un trabajo a sus alumnos, para entregar el primer día de clase, después de las vacaciones. (En aquel entonces no se había cambiado el ciclo escolar y el semestre terminaba hasta fines de enero.) Un alumno, Juan Cantú, al entregar su propio trabajo, le había dado al Dr. Wirth un segundo, dizque por encargo de su amigo, José Gracida, quien no había podido regresar a clases porque tenía *lepra*. Con acopio de repulsión, el joven había hecho la entrega del encargo a través de unas pinzas ¡para no contaminarse él mismo! Horrorizado, el Dr. Wirth cogió el trabajo y lo quemó en el acto, ante la sorpresa y las risas de toda la clase. Y apenas terminada esta maniobra, voló a Rectoría con la denuncia.

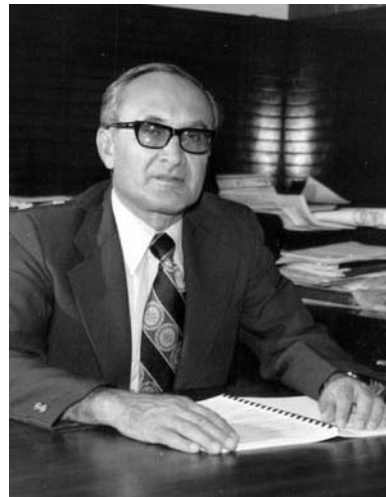
Fernando seguía la reconstrucción del crimen con creciente diversión. Al imaginarse a los estudiantes festinando su broma, no podía menos que pensar “Ah, caranchos muchachos, ¿qué no se les ocurrirá?” Pero, al Dr. Wirth, claro está, tenía que ponerle cara de seriedad. Y se le fueron dando explicaciones. En realidad, el “lepro-

## *RECUERDOS DE UNA ÉPOCA*

---

so” en cuestión padecía de acné agudo. El médico del Tec con anterioridad le había recetado un tratamiento, y en resumidas cuentas no se trataba más que de una “tomada de pelo.”

En el mundo académico, los alumnos siempre se ingeniarán para “tomarle el pelo” al ingenuo profesor que se deje, aunque ostente el prestigiado título de Doctor en físico-química.



Las oficinas cambiaban, pero no el entusiasmo.

## SOBRE LA MARCHA

Antes de que Fernando fuera Rector, la Fundación Rockefeller había hecho substanciosos donativos al Tecnológico, a la Escuela de Agricultura, para que algunos profesores hicieran estudios de post-grado en el extranjero. Entre estas becas, como excepción se le había concedido una a Fernando para ir a Madison, Wisconsin, 1947-48, a obtener su Maestría en *Ingeniería Química*.



Visita de David Rockefeller at Tec.

Con estos antecedentes de que las grandes fundaciones, si se les conquista, pueden ser de enorme ayuda para las universidades, Fernando personalmente se dedicó a probar fortuna con la Fundación Ford. Tuvo éxito y logró su cooperación para un primer proyecto, ya que la Fundación Ford en aquel entonces tenía especial interés en la educación por T.V. Se acondicionaron algunas áreas de talleres a manera de “estudios de televisión,” se compraron cámaras y equipo, y se iniciaron los trabajos para doblar al español

tres programas de la Universidad de Texas: uno de química, otro de contabilidad y un tercero de economía. Curiosamente, el doblaje fue hecho por Fidel Villarreal, ¡para sorpresa de todos!, ya que nuestro buen amigo Fidel solía tartamudear cuando estaba presionado. Le debe haber encantado el trabajo de “doblaje,” pues sintiéndose liberado de presiones, lo pudo hacer a la perfección.

Posteriormente, la ayuda de la Fundación Ford siguió siendo importante. Aportó valiosos donativos al proyecto de Guaymas, a la Escuela de Ingeniería en Monterrey, a la Escuela de Graduados en Administración en Monterrey, y también a la Escuela de Agricultura en *Agri-Business*. Pero, sobre todo, quizás su mayor contribución haya sido el generoso y continuado programa de becas para profesores, para estudios de post-grado.

Por mucho tiempo le había inquietado a Fernando el futuro crecimiento del Tecnológico. No era suficiente el tener una buena escuela, ya que “lo que no crece, muere.” Había sentido en carne propia la frustración de no tener campo para investigar — de no sólo no poder incrementar sus conocimientos, sino de ir perdiendo algunos. En ocasiones repasaba las notas de su trabajo de Maestría en la Universidad de Wisconsin y exclamaba “que fregón era entonces,” sabiendo que en su propio campo de ingeniería ya no lo era tanto. Para un buen profesor, esto era lamentable, y con esa preocupación empezó a concebir la idea de una escuela de graduados, para que los profesores igualmente inquietos tuvieran un campo de acción más exigente. Había que conservar y acrecentar el capital del Tecnológico, que es en pocas palabras, el conocimiento y la preparación de sus profesores.

Se programó, pues, la Escuela de Graduados en el Tecnológico de Monterrey, y se iniciaron los trabajos en las carreras que te-

nían ya una masa crítica: química y agricultura. Tiempo después, con la decidida ayuda de la Fundación Ford se inició y fortaleció la Escuela de Graduados en Administración que tanto éxito tuvo en Monterrey, y que después sirvió de “pie de cría” para la del Distrito Federal.

Al incrementarse las actividades de la Escuela de Graduados, con el programa de cursos de extensión y poderse palpar los logros obtenidos, Fernando se convenció de que el lineamiento “crecer” que él había fijado no sólo era bueno sino indispensable. Con cierta inseguridad en cuanto al camino concreto a seguir, Fernando a su vez convenció a Don Eugenio de que se hiciera un primer ensayo para salir de Monterrey. (Con anterioridad Fernando le había propuesto la idea al Ing. Bravo Ahuja, siendo éste todavía Rector, pero repetidamente se había negado a considerarla.)

Ahora sí la consideraba en serio Don Eugenio. Los argumentos de Fernando eran válidos: que había alumnado inexplorado en el norte de la República — esos cientos de muchachos que podían pagar colegiaturas pero que no podían costear el mantenimiento fuera de casa; que dado que el 70% del alumnado del Tec era norteño, también había que pensar en el norte para una nueva escuela; que el Tecnológico iba a crecer, pero que este crecimiento sería más sensato en unidades chicas que en un solo monstruo en Monterrey; y que finalmente, saliéndose de Monterrey se podrían captar donativos para desarrollos regionales. Ni el mismo Fernando se imaginaba qué tan generosos iban a resultar los futuros patrocinadores cuando se trataba de financiar escuelas para sus propias regiones. No duda ahora, que éste haya sido el factor más determinante para la expansión tan exitosa de las Unidades Foráneas.

Ahora que Don Eugenio se encontraba receptivo a la idea y estando próximo para salir a Europa, le encargó a Fernando, “pues váyase a buscar socios en el Pacífico Norte, a ver si tiene alguna novedad para cuando yo regrese.” Fernando intuyó que era el momento psicológico propicio, y si mal no recuerdo, salió rumbo a Sinaloa, Sonora y Baja California, ¡aun antes de que se embarcara Don Eugenio a Europa!

En Sinaloa no encontró eco. En Sonora, el Lic. Encinas, entonces Rector de la Universidad de Sonora y amigo de Fernando, rechazó lo que éste le proponía; pero en Baja California por fin encontró la respuesta que buscaba. A través de varios Ex-a-Tec, logró entrar en contacto con el Lic. Ignacio A. Guajardo, hombre de empresa de Mexicali, también preocupado por el problema educativo en su región. A ese feliz encuentro siguieron otros; las negociaciones prosperaron, y en poco tiempo se habían suscrito los donativos suficientes para iniciar el primer Tecnológico fuera de Monterrey.

Sin embargo, a su regreso de Europa, Don Eugenio (aunque muy complacido con los espléndidos resultados de la búsqueda en Mexicali, Baja California), se opuso a un concepto fundamental: que la escuela en proyecto llevara el nombre del Tecnológico de Monterrey. ¿Celo de su propia obra? ¿Miedo al fracaso? ¿Temor a que se drenaran los recursos de Monterrey? No lo puede asegurar Fernando. Pero lo cierto es que Fernando perdió esa batalla y por nombre se le puso a la escuela en embrión “Centro de Enseñanza Técnica y Superior” — que de inmediato se convirtió en CETYS. El Lic. Guajardo encabezó el nuevo Consejo, se envió al Ing. Fernando Macías Rendón como Rector, y la escuela inició sus actividades a semejanza del Tecnológico de Monterrey, en locales rentados y por demás modestos. Pero ya se había puesto la primera piedra para



El CETYS, sin el nombre carismático. Primer Rector, Fernando Macías Rendón.

un edificio propio, y al segundo año el CETYS de Mexicali se hallaba en su recinto actual.

El tiempo... y las unidades foráneas que le siguieron han comprobado que el nombre “Tecnológico de Monterrey” ha sido irrestrictamente la mejor garantía del éxito de las operaciones. No deja de pensar Fernando que si el CETYS de Mexicali hubiera llevado el nombre ya prestigiado, su desarrollo hubiera sido tan espectacular como las otras Unidades. (Recuerda que cuando el Sr. Eduardo Monroy de Toluca entrevistaba al gobernador del Estado de México para solicitarle la donación del terreno, éste le preguntó por qué no le ponía el nombre de Tecnológico de Toluca. El Sr. Monroy le contestó, “Sr. Gobernador, si yo quisiera vender “Coca Cola” y le pusiera por nombre “Tolucola,” nadie la compraría.”) Pero como suele suceder, en el CETYS se cumplió la sentencia de que “el primer hijo es el que sufre la inexperiencia y los titubeos del padre.”

## **ESCUELA DE CIENCIAS MARÍTIMAS**

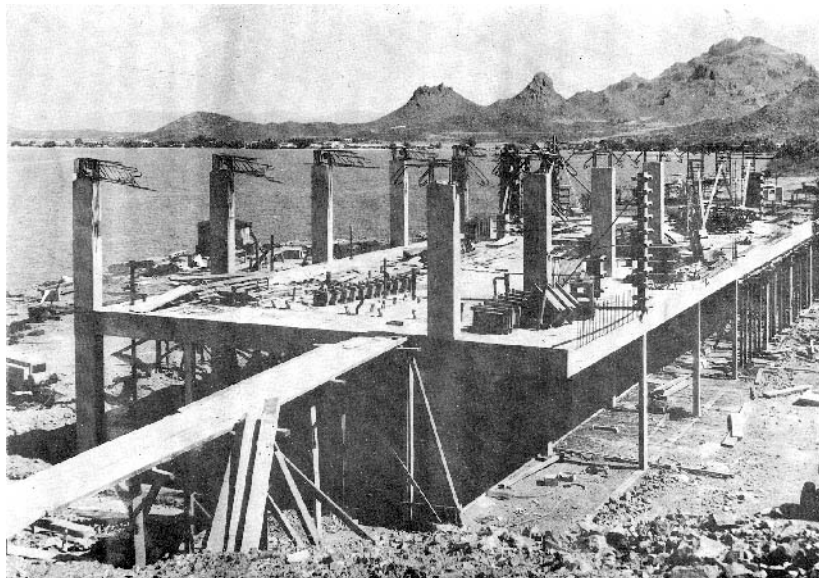
La segunda unidad foránea — la de Guaymas — se concibió bajo otro patrón y tuvo su origen en reflexiones diversas. A Fernando le apasionaba la idea de “la marcha al mar.” “¿Cómo es posible,” se preguntaba con frecuencia, “que un país pobre como México, pero teniendo litorales marítimos tan extensos, no desarrolle la pesca y la tecnología de alimentos del mar?” Por años había cuestionado esta falta de explotación marítima en nuestro país.

Un buen día, haciendo uno de sus frecuentes viajes a Mexicali, y maravillado del panorama inmenso de las costas, que se apreciaban con excepcional nitidez en aquella mañana esplendorosa, empezó a comentar, “Laurita, ¿te imaginas la riqueza que México tiene en sus mares? Es una pena que no se haga más por explotarla. Debe haber una forma de hacerlo...” Y se quedó abstraído, con la cara casi pegada a la ventanilla del avión, mirando fascinado. Al acomodarse nuevamente en su asiento, empezó a darle vueltas a la idea que en esos momentos le había brotado. “¿Y si el Tecnológico pudiera entrar en ese campo? ¿Si el Tecnológico tuviera una nueva carrera? ¿Te imaginas que golpe daríamos si nos aventáramos con una Escuela de Ciencias Marítimas...?”

No se “aventó” de inmediato, pero sí maduró la idea. Comenzó a leer, a documentarse y a visitar escuelas de ciencias marítimas en los Estados Unidos. Pedía información, escuchaba opiniones e iba formulando poco a poco, un nuevo proyecto. Empezó además a exponerle sus ideas a Don Eugenio, y mutuamente se fueron dando cuerda. Se decidió al fin atacar el proyecto “ingenierilmente,” como decía Fernando, visitando varios puertos en búsqueda de un punto

que respondiera a los requisitos no solo geográficos y técnicos, sino operacionales y humanos. Con anterioridad se había contratado al Dr. Henry Schafer, recién graduado en ciencias marinas con especialidad en camarón, para que con su asesoría se exploraran todas las posibilidades. Se visitaron puertos en el Pacífico, en el Golfo de México y en el Golfo de Cortés. El Puerto de Mazatlán pareció al principio el punto ideal, pero sus gentes no respondieron al llamado que se les hizo, fallando en este caso sólo el elemento humano. Años después los mazatlecos se lamentaban de la falta de visión que mostraron.

Por el contrario, los guaymenses acogieron la idea de una escuela de ciencias marítimas con singular entusiasmo. El entonces alcalde de Guaymas, Enrique Ramonet, le garantizó a Fernando, para principio de cuentas, un buen terreno — ¡el que quisiera! Cumplió su palabra y “forzó” a Doña Georgette Lire Vda. de Dávila, a que donara siete espléndidas hectáreas frente al mar, el punto más her-



La naciente Escuela de Ciencias Marítimas. La vista es hacia la Bahía de Bacoachibampo.

moso de la Bahía de Bacochibampo, al lado de la propia Bahía de Guaymas.

Sospecho que en un principio Doña Georgette no tenía gran confianza ni en el Tecnológico ni en la seriedad del proyecto que prometía Fernando, pero el tiempo y la obra la convirtieron poco a poco en la más ferviente aliada que el Tecnológico tuvo en Guaymas. (Hasta su muerte, varios años después, Doña Georgette gozaba con las visitas de “Laurita,” ya que las dos platicábamos “largo y tendido” en francés.)

El Dr. Henry Schafer no sólo fue el Director Fundador, sino que siguió dirigiendo la escuela por más de veinte años, con entrega y distinción.

Por fortuna, en el caso de Guaymas no se cometió el error de Mexicali. Para que la escuela llevara el nombre del Tecnológico, se programó iniciar las operaciones con solo los dos últimos años de la



Visita del Gobernador de Nuevo León, Luis Farías, y su esposa, a la Unidad Guaymas. A la derecha el Dr. Henry Schafer, por 20 años Director de la Unidad. A la izquierda, el Dr. Manrique.

carrera en Guaymas. De esa manera, además, se aprovechaba lo que Monterrey podía ofrecer en preparación básica de los primeros dos años y se reducían considerablemente los costos.

El nombre de la primera carrera que se ofrecería se escogió de manera singular. En esa época ya todos los títulos profesionales debían registrarse en la Dirección General de Profesiones. Como el mercado de trabajo para graduados en biología pesquera era muy limitado, se decidió combinarlo con tecnología de alimentos. Para el posible registro de los títulos, Fernando consultó a su antecesor, Víctor Bravo Ahuja (todavía Sub-Secretario de Educación Técnica). Como los únicos títulos que se registraban eran los de las carreras profesionales que ofrecían la Universidad Nacional y el Politécnico, se seleccionó, casi al azar, el de “Ingeniero Bío-químico” para la carrera en Guaymas.

Se construyó el primer edificio — con hermosas vistas al mar, por cierto. Con la ayuda de la Fundación Ford se equiparon la escuela y los laboratorios en forma óptima, y se empezó a operar, por fin, en 1967. Esta Unidad Foránea (como se le llamó entonces) junto con la pequeña preparatoria que se estableció, y cuyo



“La Laurita,” lancha de la Escuela de Ciencias Marítimas. Al fondo a la izquierda se ve el primer edificio de la Unidad Guaymas.

primer Director fue Hevelio Villegas, significó un adelanto notable en la vida y quehacer del pequeño puerto sonoreense. Tan es así que por mucho tiempo bromeó Fernando con las muchachas de Guaymas diciéndoles, “Oigan, ¿no creen que deben promover una estatua mía, ya que con la escuela del Tec, vinimos a salvar a tantas de la soltería?” (El pequeño puerto de Guaymas se distingue por tener en su plaza las estatuas de tres presidentes nativos de Guaymas — de los cuatro presidentes sonorenses — Calles, Adolfo de la Huerta y Abelardo Rodríguez. El cuarto, Álvaro Obregón, nació en Huatabampo.)

## **DISTURBIOS ESTUDIANTILES Y LA TOMA DEL GIMNASIO**

Mientras el incipiente “Sistema Tec” crecía, el Campus de Monterrey vivía días críticos. Un malestar insidioso se había apoderado del alumnado. Los conflictos mundiales estudiantiles y los de México del 68 habían dejado su secuela. Se presentían los síntomas del contagio, pero no se identificaba a los enfermos. Los muchachos del Tec presentaban cambios que se hacían sentir en casi todas las universidades del mundo occidental: agresividad, falta de respeto a la autoridad, demagogia destructiva. Mientras más se analizaba la situación, Fernando más se convencía de que el malestar se originaba en unos cuantos líderes. La historia era la misma: en todo movimiento de masas, solo unos cuantos actúan con premeditación y plena conciencia de sus fines; los más son tristemente manipulados.

En las indagaciones andaba Fernando cuando recibió un informe confidencial de Gobernación indicándole que a varios estudiantes revoltosos del Tec los tenían fichados como instrumentos jesuíticos. De hecho, le entregaron a Fernando una grabación telefónica en que el padre Soto daba instrucciones para los “estudiantes huelguistas” situados en un plantón frente a la Biblioteca. Aunque Fernando ya desconfiaba de los jesuitas “liberalones,” toleraba su presencia en el Tec por varias razones: por lo general eran buenos profesores (¿quién duda que su preparación haya sido siempre de primera calidad?); desempeñaban una labor de consejería a los alumnos cuando no se contaba con psicólogos y consejeros profesionales; y por último estaban ahí por expresa invitación de los Consejeros del Tecnológico. Por más que Fernando hubiera querido

antes desterrarlos — para librar al Tec de ese estigma clerical mal entendido — medía sus fuerzas y callaba.



El Consejo del Tec durante los primeros años de Rector.  
Alfonso González Segovia, Ricardo Margain, Armando Ravizé,  
Bernardo Elosúa, Don Eugenio, Virgilo Garza, Fernando, Rómulo  
Garza y Jesús Llaguno.

Sin embargo, al tener información irrefutable de Gobernación no tuvo más remedio que investigar a fondo, sobre las objeciones de no pocos Consejeros. Para sorpresa de todos — incluyendo al propio Fernando — se destapó la Caja de Pandora y quedó al descubierto un verdadero complot. Complot que pretendía acabar con el Tec como institución privada para quedar en manos de los jesuitas liberales, tal como había sucedido en la Iberoamericana.

Con respecto a este punto tenebroso, Fernando tuvo un indignante incidente con el padre Rábago. Fue este dizque respetable jesuita quien procuró a Fernando en Houston (¡en los días en que nuestro hijo se debatía entre la vida y la muerte!) para hacerle la proposición de que él, Fernando, se aliara con los jesuitas para trai-

cionar a su tan querido Tec. ¿Se podrán imaginar cuál sería la reacción violenta de Fernando?

Tiempo después, el Tecnológico sufrió un segundo embate auspiciado por otros jesuitas, entre ellos Herman Von Bertrab. Lo que se convirtió en la “cause célèbre” la prensa llamó “la toma del gimnasio,” en donde los alumnos revoltosos, capitaneados por Francisco Olvera, Gustavo Treviño Elizondo, Roberto Barrera y José Antonio Briseño, entraron de madrugada al gimnasio y destruyeron toda la papelería y los expedientes preparados para las inscripciones de septiembre de 1970. Solo Olvera y Treviño fueron aprehendidos, pero como testimonio curioso quedan archivadas las declaraciones del padre de Olvera, afirmando que los jóvenes efectivamente habían sido manipulados por los jesuitas.

Visto retrospectivamente, el caso del Instituto Tecnológico de Monterrey fue uno de tantos campos de batalla en la guerra de poder de los llamados jesuitas liberales. Al extinguirse el movimiento, el Tec no sólo se normalizó sino que se prestigió y fortaleció. No cabe duda que en ocasiones el ser humano y sus instituciones se superan cuando se ven amenazados. Sin embargo, esa superación suele ser dolorosa.

## **TRAGEDIA PERSONAL**

Una tragedia superada suele ser dolorosa, tal como fue para nosotros la tragedia personal de 1969. A los 20 años de edad nuestro hijo mayor, también de nombre Fernando, cayó enfermo de gravedad y finalmente fue operado de un tumor en el cerebelo, en el Centro Médico de Houston. En Monterrey, de manera inexplicable, los ocho médicos que lo examinaron y estudiaron su caso (incluyendo a dos distinguidos neurólogos) no pudieron diagnosticar el mal. Acharcaron los serios problemas que lo postraron en cama por largas semanas a laberintitis, o, lo que fue más ofensivo para mí, a trastornos emocionales y nerviosos que padecíamos tanto el muchacho ¡como yo!

Los médicos en Houston nunca pudieron creer nuestra historia, en vista de que Fernando hijo presentaba, cuando lo examinaron, síntomas alarmantes, que diagnosticaron, casi de inmediato, como tumor en el cerebelo (que no debe confundirse con el cerebro). Por supuesto, ya hospitalizado se le hicieron las pruebas necesarias para confirmar ese diagnóstico. Mucho sospecho que en los anales del Hospital Metodista en Houston, el caso de “Nando” esté archivado como uno de negligencia. ¡Cómo era posible que en Monterrey no se hubiera detectado el tumor en el cerebelo — tan grande que ya había causado estragos irreparables! De hecho, la operación del tumor dejó severas secuelas motoras, pero por fortuna sin afectar en lo más mínimo las funciones del cerebro, donde residen el habla, la memoria, el razonamiento y otros procesos mentales. En eso, sin duda, tuvo suerte nuestro hijo.

Le salvaron la vida a Nando. Al tener las primeras noticias de que la operación en sí había sido exitosa y de que todo estaba “as was to be expected,” no teníamos ni la más remota idea de “lo que se podía esperar.” Los primeros abrazos de alegría demasiado pronto se olvidaron con las semanas, meses... y años de convalecencia, rehabilitaciones, y lenta... lenta búsqueda de una normalidad.

Para orgullo y satisfacción de todos, finalmente sí logró Nando una nueva vida, adaptado a las incapacidades motoras permanentes, a una doble visión incorregible, y a cierta falta de equilibrio y coordinación. Terminó sus estudios en el Tec, habiéndose recibido de Ingeniero Mecánico Administrador y después se fue un semestre a la Universidad de Grenoble, Francia, a perfeccionar su francés. Posteriormente, obtuvo su Maestría en Administración en el Tecnológico de Monterrey.

Los recuerdos de aquellos años han sido inborrables; no queda duda alguna de que nos dejaron marcados, a los tres, “de por vida.” Pasado algún tiempo, sin embargo, los recuerdos de la tragedia sirvieron de acicate para una nueva empresa del Tecnológico, la ahora bien establecida Escuela de Medicina, que a su tiempo relataré. Porque, claro está, nos unimos a las legiones de mexicanos que pensaban que en México la ciencia médica iba a la retaguardia; y en Fernando se arraigó la idea de una Escuela de Medicina de excelencia.

Por curioso que parezca, mi mente ha borrado muchos de los recuerdos que creía imposibles de olvidar; pero ha conservado con gran claridad, otros. Unos días antes de irnos a Houston, llegamos a casa con la angustia acumulada de largas semanas de atenciones médicas equivocadas. En la sala — sólo y casi escondido — encontramos a Don Eugenio, listo para darnos un consejo definitivo.

“Ingeniero, ¡no sea pendejo! Llévase a su muchacho a Houston, ¡YA! He dado órdenes de que no se mueva el avión de Cervecería hasta que ustedes lo utilicen para el viaje.” ¡Querido Don Eugenio, tan parco, pero tan acertado como siempre!

Y el otro recuerdo, de una llamada telefónica. Quizás dos años después de la operación de Nando, recibí un telefonema de una amiga de toda la vida. Aunque ella había sido testigo de todas nuestras tribulaciones, me abordó llorando: “Laurita, Laurita, ¡nunca jamás me di cuenta cabal de lo que ustedes sufrían con lo de Nando! ¿Porqué fue eso? Porqué fui tan insensible?”

Tan fácil de contestarle. Acababan de diagnosticarle a su hija, hermosa y joven también, un problema cerebral y la preparaban para cirugía. ¡Con qué tormento y desesperación se enfrentaba ahora a su muy personal tragedia! Por sola respuesta le balbucí, “Qué bueno, Martita, qué bueno que nunca te diste cuenta. Nadie, pero nadie puede en realidad cargar con las penas ajenas; si así fuera, no podríamos vivir en este mundo.”

Y por último, un recuerdo alegre entre tantos amargos, que en alguna ocasión llegué a comparar con la leyenda sobre la entrada al infierno de Dante Alighieri: ¡Toda Esperanza Pierda El Que Por Aquí Pasara!

Habíamos rentado un apartamentito muy cerca del hospital, para hacer menos onerosa nuestra permanencia en Houston. Para ir a ver a Nando tenía que cruzar unos jardines antes de llegar al Hospital Metodista, y ¡oh sorpresa! en esa ocasión y sin pensarlo, me había detenido ante una graciosa ardillita que saltaba por todas partes, queriendo “jugar y hablar conmigo.” Casi sin tener conciencia de lo que pasaba, empecé a respirar con gusto el aire fresco y puro de la mañana. Me invadió el aroma difuso de las flores y volví

a fijar la vista en la ardillita traviesa que se había quedado inmóvil, como estatuita — como suelen verse a veces esas creaturas encantadoras. Sin mas, recordé que Nando empezaba a mejorar... y me pregunté si podía uno recuperar la esperanza y la alegría de vivir. Sola me respondí: “Por supuesto, ya empiezo, con esta hermosa ráfaga de bienestar.”



Sí se puede recuperar  
la esperanza...

## **LA INOLVIDABLE ESCUELA DE VERANO**

Entretanto en Monterrey, infinidad de actividades seguían su buena marcha. La Escuela de Verano era una de ellas. Desde tiempos de Víctor Bravo Ahuja, a Fernando se le había asignado esta área. Parece que a mí también me vieron “piernas de jinete” para las relaciones públicas, en inglés, ya que poco antes (en 1946) había recibido mi licenciatura en los Estados Unidos, y juntos, ya casados, habíamos pasado un año (1947-48) en Madison, Wisconsin, mientras Fernando hacía su maestría como becado de la Fundación Rockefeller. Por largos años, pues, los dos aprovechamos y disfrutamos esta participación en la Escuela de Verano.

Ya de Rector, a Fernando le tocó impulsar y extender la Escuela de Verano hasta superar los mil alumnos por verano. Él buscaba principalmente la mayor rentabilidad de los dormitorios en el verano, pero no imaginó al principio que llegaría a ser, además, un semillero de contactos en el exterior, valiosísimos para el Tecnológico y las relaciones públicas.

Como asistente para la creciente operación, Fernando le dio todo su apoyo al Comodoro Carroll, (efectivamente comodoro retirado de la Marina Americana) en sus ya exitosas actividades como “liaison” o enlace entre los americanos y la Administración. Con este apoyo se hacía aun más amable el trato y la comprensión entre ambas partes. La fórmula fue tan efectiva, que al retirarse el Comodoro, se buscó a otro ex-militar, el Coronel Hilsabeck, quien también resultó ser un gran amigo y colaborador del Tec.

Se buscaron ex-militares americanos pensionados porque ya estaban acostumbrados a vivir fuera de sus casas por temporadas.

El viajar regularmente a promocionar la Escuela de Verano del Tec les acomodaba muy bien y sentían que el seguir alejándose con frecuencia garantizaba un largo y mejor matrimonio.

De hecho, el Coronel Hilsabeck impulsó con renovado entusiasmo el famoso programa originado por el Comodoro Carroll y bautizado por él, “The Board of Visitors.” Este programa consistía en invitar a Rectores y altos directivos de universidades americanas y a infinidad de distinguidas personalidades para que visitaran y conocieran el Tec; y que fueran atendidos por el Rector del Tec y su señora, así como por los directivos de la Escuela de Verano y sus esposas. La lista de visitantes — convertidos en amigos después — podía formar una parte del “Quién es Quién” en el mundo académico de los Estados Unidos. Uno de esos distinguidos visitantes fue el Dr. Robert Marshall, decano de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Wisconsin (y quien fuera profesor de Fernando en esa universidad.) Debe haber quedado tan bien impresionado con la visita, que años después mandó a su hija Peggy a la Escuela de Verano para perfeccionar su español.

Cabe mencionar que entre algunos matrimonios que se “incubaron” en el Tec de Monterrey, sobresale el de Rafael Rangel y Peggy — ¡Rafael, ahora Rector del Sistema, y su esposa Peggy! No sólo nos tocó tener a Peggy en casa esas dos temporadas de verano, sino que vimos nacer el ro-



Ing. Francisco “Pancho” Mancillas, Director de la Escuela de Verano.

mance, y hasta tuvimos que “chaperonearlos” en varias ocasiones.

¿Cómo no habremos de recordar con especial gusto aquellos tiempos tan gratos? Nos acompañaban además, como estrechos colaboradores y amigos, Fernando Macías Rendón, primer Director de la Escuela de Verano, y después, el Ingeniero Francisco Mancillas, segundo Director, y su esposa “Chayito.” No dudo que ellos también guarden amables recuerdos de aquellos tiempos.

## PREPARATORIA A SU CAMPUS INDEPENDIENTE

Desde los disturbios estudiantiles del '68-'69, Fernando había fortalecido su convicción de que las preparatorias no deben estar en el mismo recinto de las escuelas profesionales. Las dos etapas — preparatoria y profesional — corresponden a dos niveles de edad y maduración del estudiante que no se coordinan con facilidad. Además, había quedado confirmado con claridad que las masas críticas de manipuleo son las de preparatorianos. Para evitar futuros conflictos que involucraran a las dos áreas, Fernando se abocó a la separación de la Preparatoria del recinto profesional del Tecnológico.

Años atrás el Instituto había comprado el terreno que se destinaría a la preparatoria. La idea no era nueva, pues, pero los acontecimientos de los disturbios estudiantiles vinieron a precipitar el cambio. El espléndido terreno se había comprado a la Sra. Doña Concha Montemayor Vda. de Riestra — a mitad de precio, precisamente, con el compromiso de que se usara el terreno para una nueva escuela. En otras palabras, Doña Concha había *donado* al Tecnológico la mitad del terreno para fines educativos. Aunque fuera un convenio verbal, Fernando siempre lo consideró digno de hacerse cumplir.

Pasados los años, y en vista de que no se había podido conseguir el dinero para construir la nueva preparatoria, el proyecto se vio amenazado. En pláticas informales, uno de los señores Sada Gómez parecía convencer a Don Eugenio de que le vendieran esos terrenos para ampliar el fraccionamiento que se estaba desarrollando en la misma zona. Tan segura veía el Sr. Sada Gómez su "labor

de zapa” que hasta ¡se había anticipado a hacer planos del terreno en cuestión y había tomado algunos compromisos de venta!

Había subestimado, sin embargo, un solo punto: la irrevocable decisión de Fernando de hacer cumplir SU compromiso de honor, por muy verbal que éste hubiera sido. “Don Eugenio,” alegaba Fernando, “no nos podemos rajar. El compromiso de construir una escuela en esos terrenos fue adquirido de muy buena fe y el Tec no debe — ¡no puede! — actuar con deslealtad hacia un donante.”

El terreno siguió a nombre del Tecnológico y se organizó la campaña para obtener algunos donativos. Entre ellos, hubo uno por medio millón de pesos de la propia Doña Concha M. de Riestra. (Don Eugenio, con sonrisa bromista, le dijo a Fernando, “Caramba, ¡pero si le sacó *otro* donativo a Doña Concha! Temo que Laurita no pueda vivir muy tranquila con usted.”)

Con un préstamo adicional que se consiguió, por fin se pudo iniciar la construcción de la nueva Preparatoria del Tec. Por desgracia sobrevino la trágica muerte de Don Eugenio; pero al seguirse el proyecto, se acordó ponerle el nombre del Fundador desaparecido, aunque poco a poco fuera abreviado a “Preparatoria Garza Sada.”

Es conveniente destacar que este cambio tuvo un efecto altamente positivo y beneficioso para la vida del Tecnológico de Monterrey. La Preparatoria, con una identidad propia, se consolidó y superó con creces los beneficios previstos con el cambio. Sin duda fue uno de los logros que Fernando contemplaba con mayor gusto.

## EL APREMIO DE LAS FINANZAS

Cuando Fernando se hizo cargo de la Rectoría del Tec, permanentemente se vivía la preocupación por las finanzas. De hecho, operaba la institución con déficit y casi cotidiana era la búsqueda de fondos para cubrir dicha operación, pequeña, por supuesto, comparada con lo que después llegó a ser. Pero como a Fernando le había tocado ver a su antecesor, Víctor Bravo Ahuja, acudir a Don Eugenio en casos de apuro, él también repitió el llamado de auxilio.

Gentilmente, y como siempre, Don Eugenio le entregó a Fernando un cheque, dizque de un amigo. Con ingenuidad Fernando insistió en conocer el nombre del amigo para poder agradecerle tan generoso donativo, hasta que Don Eugenio le contestó de manera terminante, “Ya no esté moliendo con eso, Ingeniero,” y de esa manera Fernando se enteró de que había un sólo donante... el mismo Don Eugenio.

Poco a poco se fue disminuyendo el déficit, dentro de lo razonable. Los donativos, ahora sí de empresas y amigos del Tecnológico, fueron aumentando con las campañas financieras manejadas por el Lic. Alfonso González Segovia. Nunca se le olvida a Fernando la ocasión en que, repasando números precisamente con Alfonso, recibió la llamada inesperada de la Madre Superiora del Colegio de las Damas de Monterrey. Como el buen sentido de humor de Fernando siempre le permitió diluir la carga de responsabilidades con momentos de alegría y bromas, pudo regocijarse con el incidente.

La historia la repitió Fernando infinidad de veces. Resulta que, en sesión de café, algunos estudiantes del Tec apostaron a que ellos sí podían entrar al “claustro” de niñas bien de Monterrey, el

Colegio de las Damas. Ante la creciente expectación de sus compañeros, los muchachos hicieron sus preparativos: consiguieron ropa de mujer, reclutaron la ayuda de algunas alumnas del mismo Colegio de las Damas, y fijaron la fecha del famoso “asalto.” La hazaña se perfilaba como una operación del Agente 007, ni más ni menos.

Llegado el esperado día, dos muchachos disfrazados de mujeres enlutadas, efectivamente pudieron entrar al Colegio, pasearse por salones y pasillos, y de paso coquetear con las amigas aliadas. ¿Pero qué chiste tendría la broma, si las propias monjitas no se daban cuenta? Así, pues, para culminar la hazaña, los estudiantes se desenmascararon ante las monjas horrorizadas, y después indignadas. Fueron expulsados del recinto a escobazos, entre gritos y alarma generalizada.

Muy poco tardó Fernando en recibir la queja angustiada de la Madre Superiora. “Ingeniero, esto es un atropello imperdonable. ¡Exijo un castigo inmediato, ejemplar!”

“Sí, Madre, sí...” contestaba Fernando, mientras saboreaba la inocente broma y se admiraba de la audacia de los muchachos. “Claro, Madre, esto no puede quedarse así. Al instante tomaré cartas en el asunto. En cuanto identifique a los muchachos serán expulsados. Tiene Ud. toda la razón, Madre; sí, por supuesto...”

Al colgar el teléfono Fernando se carcajeó largamente, ante el asombro del Lic. González Segovia quien se encontraba todavía en la oficina y había captado la conversación. “¿Fernando, pero deberas expulsarás a los muchachos? ¿No crees que este asunto debe meditarse — que la medida de expulsión amerita conocer los detalles y evaluarlos?”

Para entonces, la ya larga experiencia de la Rectoría le había agudizado los sentidos a Fernando y le contestó con tranquilidad, “Hombre, no te acongojes. Ya verás que la Madre Superiora ‘se raja.’ Al rato me vuelve a hablar... yo sé lo que te digo.”

¿Y saben Uds. que así sucedió? No habían pasado dos horas cuando se volvió a reportar la Madre Superiora: que pensándolo bien... que no era para tanto... que se había precipitado al pedir la expulsión de los muchachos... que, por favor, si eran buenos estudiantes que sólo se les regañara. ¡Tuvo que rogarle a Fernando que perdonara a los muchachos!

Con bromas y demás, la situación financiera del Instituto siguió consolidándose. El alumnado aumentaba y las cuotas también aumentaban para ir cubriendo más y más la operación. Las famosas rifas, que desde un principio fueron exitosas, crecían también en popularidad, hasta convertirse en una muy importante fuente de ingresos, que no sólo ayudaba a la operación del Tecnológico sino que daba para nuevos edificios y otros proyectos. Por último, no faltaba un ocasional “golpe de suerte,” como aquel que le dio a Fernando la oportunidad de darle a Don Eugenio una sencilla “lección de altas finanzas.”

Se proyectaba en el Tec de Monterrey la construcción de Aulas V, o sea el edificio para la carrera de Ciencias de la Comunicación. Le gustaba a Don Eugenio el proyecto, pero visiblemente inquieto comentaba que el financiamiento le preocupaba. “No es el momento de hacer una inversión de esta naturaleza.”

“No se preocupe, Don Eugenio,” le dijo Fernando frotándose la manos, “ya tengo el dinero.”

“Pero ¿cómo? ¿de dónde?”



¿Festinando al “financiero mañoso”?

“Pues figúrese Ud. que hemos dado un golpe fantástico, y sin proponérselo. Ud. sabe que se acaba de cambiar el calendario escolar, para poder terminar el semestre en diciembre en vez de interrumpirlo con las vacaciones de Navidad y terminarlo en enero.” (Como el año anterior nuestro hijo Héctor había hecho un año de intercambio en la Universidad de Wisconsin donde el semestre terminaba antes de Navidad, él había convencido a Fernando que ese modelo era más sensato.) “Pues resulta, Don Eugenio, que al hacerse el cambio — para que las clases empezaran ahora a mediados de agosto — los números me hicieron cosquillas. En el ejercicio fiscal, cambiado del primero de septiembre al 15 de agosto, ¡aparecía una quincena con doble ingreso y gasto sencillo! Un ahorro, llámelo Ud. así, ¡de 6 millones de pesos!”

Debe haberse frotado las manos Don Eugenio también, al decirle a Fernando, "Ingeniero, es Ud. un financiero mañoso." Y el edificio se construyó con todo éxito y sin los usuales apremios de financiamiento.

De una manera o de otra, sin embargo, la preocupación siguió siendo para Fernando una constante durante casi todos sus años de Rector. Quizás por eso haya vigilado con exagerada tenacidad los dineros, "ahorrando como tacaño, hasta en minucias," como le reclamaban sus colegas. Pero por lo mismo, al retirarse pudo hacer entrega de un Tecnológico próspero y transparente.

## **CIUDAD OBREGÓN — SEGUNDA EDICIÓN EN SONORA**

Con los modelos del CETYS y Guaymas, Fernando había puesto a prueba algunas de las ideas con que se podía concretar la expansión del Tecnológico. Varios conceptos importantes se habían, pues, confirmado:

1. Que toda nueva Unidad llevara el nombre carismático del Tecnológico de Monterrey.
2. Que se consiguieran donativos locales para enrolar la participación y apoyo de la comunidad.
3. Que se formara en cada sitio una asociación civil que fuera propietaria de los inmuebles.
4. Y que fuera el Tecnológico de Monterrey el que manejara cada Unidad académica, financiera y administrativamente.

Este modelo fue el que se experimentó en Ciudad Obregón y que se consolidó en las subsiguientes Unidades Foráneas. En Ciudad Obregón, precisamente, tuvo ocasión Fernando de confirmar su teoría de que los patronos deberían sentirse “dueños” de sus aportaciones e instalaciones.

El entonces gobernador de Sonora, Don Faustino Félix, no se había mostrado muy receptivo a la idea de que el Tecnológico incurriera por segunda vez en su estado, con la creación de otra escuela en Ciudad Obregón. Es posible que esto sucediera por una actitud comprensible y natural hacia la invasión de “otras gentes,” llámense extranjeros o simplemente regiomontanos.

Fernando entonces pidió a Don Javier Bours Almada, al que le estaba “echando el ojo” para presidir la Asociación Civil en Cd. Obregón, que hablara con Don Faustino para “ablandarlo.”

“Escucha el proyecto que les propone el Ing. García Roel a los sonorenses, Faustino. Si nosotros financiamos la Escuela y si donamos los terrenos para la construcción, seremos nosotros los dueños de los inmuebles. A los regiomontanos no les interesa acumular propiedades; lo que les interesa es la labor educativa que puedan desarrollar.”



Primer edificio de la Unidad Obregón.

“Bueno, visto así, Javier, el panorama cambia. Si nuestra participación se traduce en ser propietarios; es decir, si nuestra inversión es realmente “nuestra,” cuenta con mi apoyo incondicional. Sabemos, que para *educar*, los regiomontanos son muy fregones; ¿por qué crees que yo mandé a mis hijos al Tec de Monterrey?”

En términos muy norteños, pues, se había cerrado el pacto. Y de hecho, el Tecnológico de Monterrey — Unidad Ciudad Obregón — contó con la ayuda efectiva del Gobierno del Estado de Sonora. Se construyó el magnífico “campus” en forma tripartita, colaborando por terceras partes, el Estado, el CAPFCE (de parte del gobierno federal) y la iniciativa privada — excelente y bondadoso ejemplo de trabajo en equipo.

De hecho, Javier Bours había iniciado sus tratos con Fernando y con el Tec en forma algo áspera. En una época en que el Tecnológico negaba la entrada a la preparatoria de Monterrey, a alumnos de Sonora y Sinaloa, para impulsar la nueva Preparatoria en Guaymas, Fernando personalmente le tuvo que ratificar a Javier la imposibilidad de admitir a su hijo mayor a la prepa de Monterrey. Obligado se vio el padre, bastante contrariado, a registrar a su hijo en Guaymas. Por fortuna, muy pronto pudo valorar lo satisfactorio de esa decisión (a pesar de haber sido impuesta), y además de convertirse en gran amigo del Tec y de Fernando, fue el impulsor de la Unidad Cd. Obregón y su primer Presidente de Consejo. La distinguida esposa de Javier, Alma Castelo de Bours, acogió también con singular generosidad la obra del Instituto. Tradicionales se volvieron los eventos sociales relacionados con el Tecnológico en su elegante residencia de Ciudad Obregón.

## UNIDAD DE QUERÉTARO

Mucho antes de que se pensara en la Unidad de Cd. Obregón, Fernando había pensado en la ciudad de Querétaro para un futuro desarrollo del Tec. Querétaro, con su doble ventaja de proximidad y lejanía de la Capital, le parecía un punto ideal, de gran futuro y de enorme importancia regional para la captación de alumnos. Después de pedir al “Instituto de Investigaciones Industriales,” del mismo Tecnológico, un estudio exhaustivo de la región y sus posibilidades para efectos de una escuela, se puso Fernando en contacto con Don Bernardo Quintana, destacado mexicano, con varias empresas en Querétaro. A pesar de sus sólidos argumentos, Fernando no pudo convencer a Don Bernardo de encabezar “una aventura” en Querétaro, sintiéndose fracasado en su intento.

Archivó Fernando la idea, que siguió latente hasta que surgieron nuevas circunstancias, o mejor dicho, una circunstancia singular. En ese curioso “estar en todo,” Fernando se dio cuenta que un ex-alumno del Tec, de Querétaro, se había convertido en un donante de becas fuera de lo común. Si los ex alumnos hasta esa fecha respondían con poco entusiasmo a los llamados que el Tec les hacía, éste resultaba insólito, habiendo donado ya varias becas perpetuas. Al investigar más a detalle, Fernando encontró en Jesús Oviedo a un enamorado de la obra del Tecnológico, quien guardando inolvidables recuerdos de sus años de estudiante, aportaba en forma tan espontánea esa valiosa ayuda. De ahí a visualizar a Jesús Oviedo como promotor de un Tecnológico en Querétaro fue cosa hecha.



30 Aniversario del Tec. “Don Eugenio, el aplauso es para Usted. Por favor, póngase de pie.”

Se hacían los preparativos para la Convención de Ex-Alumnos que coincidía con los 30 años de la fundación del Tec. Como se enteró Fernando que Jesús Oviedo y su esposa asistirían a la Convención, preparó a Don Eugenio para que platicara con él, sentándolos juntos en la gran cena de clausura. “Este hombre, Don Eugenio, es el que yo he andado buscando; dele cuerda, Don Eugenio, dele cuerda.”

Parece que nuestro amigo, a quien Fernando también llamaba “Chucho,” igual que sus paisanos, no necesitaba mucha cuerda. Se entregó a la nueva empresa con fervor y en poco tiempo pudo movilizar a los queretanos para obtener la donación del terreno — por parte de Don Roberto Ruiz Obregón y del ya ablandado Bernardo Quintana — y el financiamiento necesario para iniciar la primera etapa de la construcción de edificios.

Se asignó como primer director a esta naciente Unidad de Querétaro a Santiago Chuck, a quien originalmente se le había enviado a Atizapán, Estado de México. Pero como aquel acariciado proyecto, después de un año de frustraciones, no había arrancado, la oportunidad de irse a Querétaro le pareció espléndida a Santiago. Con entusiasmo se entregó al nuevo reto, y pronto se volvió un elemento clave para las Unidades de San Luis Potosí e Irapuato, donde encontró grandes apoyos en Mario Lozano y Fernando Barba, respectivamente. Sin embargo, regresó al Campus de Monterrey para continuar con éxito su carrera como Director de Ingeniería y luego como Vice-Rector académico.

El Dr. Rafael Rangel substituyó a Santiago en Querétaro, destacándose por un dinamismo poco común. Se convirtió en valioso promotor para aquella Unidad, y después como Vice-Rector de la Zona Centro, colaboró para las nuevas unidades de Colima, con patrocinio de Guillermo Brun, de Toluca con Eduardo Monroy, y de Tampico con un grupo de empresarios encabezado por Sergio Ruiz Garza. También apoyó con entusiasmo las unidades de Irapuato, San Luis Potosí y León, que ya estaban operando. Actualmente, como Rector del Sistema Tecnológico, el Dr. Rangel tendrá muchas personas que describan su continuada trayectoria.

De la infinidad de buenos recuerdos que guardamos de los queretanos, resalta uno especialmente vívido. Jesús Oviedo, aunque auténtico ex-alumno, no ostentaba el título de Licenciado del Tecnológico. Con amargura platicaba que una de las frustraciones de su vida era el haber quedado de pasante, sin haber presentado tesis y examen profesional. En su época de estudiante, éstos eran de rigor. “Hombre, Chucho, si tú quieres, aún puedes recibirte,” le

sugirió Fernando. “Podrías, si deveras quisieras, tomar unas clases a nivel maestría, en nuestra escuela de la Ciudad de México.”

“Pero, Fernando, ¡a estas alturas!... y a mi edad...”

“Tú sabes que ahora hay una opción a la tesis. Puedes estudiar y prepararte para el examen profesional.”

Le había sembrado la inquietud Fernando, y aunque al principio Chucho pensó que le sería imposible, llegó a ver su sueño realizado. Con grandes esfuerzos — el viaje semanal de Querétaro a la Cd. de México era tan tedioso y sus negocios con frecuencia le apremiaban — al término de un año de asistir a clases y aprobarlas, pudo fijar la fecha de su examen profesional en Monterrey.

Después asistió a la ceremonia de graduación y a la siguiente noche festejamos el acontecimiento con una gran cena en nuestra casa. Pocas veces habíamos visto a un recién graduado tan lleno de orgullo y satisfacción. ¡Su título del Tec le brillaba mucho más que el título de Presidente de Consejo de la Unidad Querétaro!

## DON EUGENIO

El tristemente célebre asesinato de Don Eugenio Garza Sada, el 17 de septiembre de 1973, fue sin duda alguna un trauma colectivo para la familia Tecnológico. Desde sus más modestos veladores hasta sus más altos directivos lloramos, con dolor y rabia, la pérdida de esta recia y legendaria figura. Porque de hecho, era para los más una leyenda que se había agigantado con los años.

Pero para Fernando era el hombre de carne y hueso con quien había trabajado estrechamente durante 14 años, en la empresa más cara para los dos: el Tecnológico de Monterrey. No se podía definir quien era el más fiero en cuanto a los asuntos del Tecnológico; formaban, me atrevo a decir, una singular doble imagen, y ahora una parte de esa doble columna se había desmoronado.

Fernando estaba en Cd. Obregón, Sonora, ese 17 de septiembre, para inaugurar los cursos de la recién formada Unidad que posteriormente se convertiría en la segunda y muy prestigiada Escuela de Agricultura del Tecnológico.

Irrumpió el Dr. Jean Mathieu — flamante Director de la Unidad Cd. Obregón — a nuestro cuarto del hotel (nosotros a medio vestir) para balbucear la noticia de que hacía una hora habían asesinado a Don Eugenio. Ante el arrebatado de ¿cómo? y ¿quién? y ¿cuándo? salieron Jean y Fernando apresuradamente del cuarto mientras yo me desplomaba en el sillón donde seguía oyendo las últimas palabras de Fernando: “De seguro lo pescaron camino al trabajo; era un relojito.”



Inauguración de la Unidad Obregón, el 17 de septiembre de 1973. Esta es una fecha inolvidable, pues fue el día que asesinaron a Don Eugenio en Monterrey.

Lívido volvió Fernando — desenchajado. Pero decidido a que se llevara a cabo la ceremonia de inauguración de cursos, en el Auditorio de la Unión Agrícola, “tal como lo hubiera decidido Don Eugenio,” decía Fernando. Y de esa manera — conmocionados — llegamos al auditorio y se efectuó una austera y muy breve ceremonia, llena de dolor.

Mientras tanto, el Presidente del Consejo de la recién organizada Unidad, Don Javier Bours Almada, hacía los arreglos para que de inmediato pudiéramos regresar Fernando y yo a Monterrey en su avión particular. Es curioso que ni Fernando ni yo tuvimos que recurrir a palabras en ese triste vuelo. Al unísono recordábamos y llorábamos.

Al llegar a la altura de Torreón el piloto nos anunció que una tormenta nos imposibilitaba la llegada a Monterrey. ¿Quién no recuerda que hasta el cielo lloró ese día? Aterrizamos en Torreón, y de inmediato rentamos un coche y seguimos el entonces difícil camino. Por la misma lluvia incesante, nuestro avance fue demasiado lento; no encontrábamos más consuelo que buscar y escuchar las noticias en la radio, que a medida que nos acercábamos a Monterrey, se volvían una verdadera letanía. Una vez en Monterrey nos incorporamos al duelo popular. Pero ya habíamos tenido nuestro duelo íntimo — aquella comunión silenciosa en pleno vuelo: Fernando y yo... y la querida imagen de Don Eugenio.

## SIN GUÍA

Aunque muy poca gente lo sabía, en los últimos años de su vida Don Eugenio se había ido desligando del manejo directo del Tecnológico. Lo inevitable había sucedido; poco a poco había ido cediendo su liderazgo, y de hecho, para cuando murió, el Tecnológico marchaba con poca intervención suya. Aunque esto suene a blasfemia, no es mayor delito que el reconocer que el hijo se desliga del padre irremisiblemente. De hecho, después de la muerte de Don Eugenio, el Tec registró su mayor expansión. Casi sale sobrando repetir que esto no hubiera sido posible sin la concepción original del fundador, sin su fuerte respaldo económico inicial y sin su continuado patrocinio y vigilancia durante los primeros 30 años de fundado el Instituto Tecnológico.

Por fortuna, el tutoriado de Don Eugenio se encontraba en firme control de la institución que éste había creado. Siempre me causaba risa halagadora cuando decía la hermana de Don Eugenio — Doña Rosario, la ahora leyenda viviente de amor y ternura — “qué listo mi hermano, ¿verdad Laurita? haber nombrado al Ingeniero como Rector.” Así que, aunque algunos Consejeros revolotearon con la designación del nuevo Presidente de Consejo (¿cuántos no buscarían para sí la distinción?), no trascendió el problema y pudo hacerse la transición — sin mayores conflictos — con Eugenio Garza Lagüera (hijo mayor de Don Eugenio) al frente. Años antes, el mismo Don Eugenio había señalado a su hijo como sucesor, al nombrarlo Consejero del Tecnológico.



Eugenio Garza Lagüera (a la derecha) fungiendo como Consejero, en vida de su padre.

En 1974, pues, iniciaba Fernando una era de independencia y plenitud absoluta. Generaba ideas, tomaba decisiones (asumiendo toda la responsabilidad que éstas requerían) y actuaba con energía. Ahora empezaba a hablar de un *sistema* Nacional: ya contaba el Tecnológico con la escuela hermana del CETYS; con la Unidad en Guaymas, con la Unidad naciente en Ciudad Obregón, y con la Escuela de Graduados en Administración de la Ciudad de México. Estaba en gestación, además, la Unidad de Querétaro.

## LA CIUDAD DE MÉXICO

El incursionar en la Ciudad de México había sido una ilusión para Fernando. La historia se desarrolló a través de una serie de circunstancias que bien aprovechadas abrieron el camino para la organización de la Escuela de Graduados en Administración.

Un día recibió Fernando la invitación para servir como jurado en el Premio de Ciencia y Tecnología que patrocinaba el Banco Nacional de México. Sin otro antecedente, pero sintiéndose honrado por la distinción, aceptó con gusto y fue miembro del jurado ese año, y otro... y otro. Empezó a conocer y a tratar a Agustín Legorreta, hijo, y a darse cuenta de que ahí también había un hombre preocupado e inquieto por los problemas educativos de México. De las más frecuentes pláticas, surgió por fin la alianza para que el Tec, con el patrocinio del Banco Nacional de México, abriera su escuela en la Capital. El Banco facilitó y acondicionó el primer local en la calle Doctor Lucio y donó un magnífico terreno para la futura construcción de un edificio propio.

En aquel entonces se imaginó que el local, provisional, sería por sólo un año pero fueron varios los que se necesitaron para vencer los absurdos y exasperantes requisitos de construcción en la Cd. de México. Mientas tanto, la escuela prosperaba y para cuando se instaló en su flamante edificio de seis pisos, en la calle Fray Servando, a principios del otoño de 1977, contaba con un importante alumnado. Creo que es significativo destacar que al iniciar el Tec sus actividades en la Capital, había un total de 600 alumnos estudiando administración a nivel graduado en toda la ciudad — en seis

programas ya existentes — y después, sólo el Tecnológico recibía mucho más de ese total.

Como Director Fundador de la Escuela de Graduados del D.F., Francisco Abel Treviño tuvo una actuación relevante. Tiempo después, cuando Fernando empezó a sentir la necesidad de una administración central y eficaz para todas las unidades foráneas (que seguían en crecimiento acelerado), nombró a Francisco Vice-Rector, precisamente para esa tarea. “Paco” fungió con éxito como Vice-Rector desde 1976, siendo además entusiasta colaborador en la organización de las Unidades en Chihuahua, Laguna (Torreón), Chiapas y Córdoba. Su segundo en Monterrey, Hevelio Villegas, lo apoyaba en sus labores. (Hevelio, como Ex-a-Tec “de hueso colorado” y como ex- Director de la Prepa en Guaymas y de la Unidad en Saltillo, ya tenía una trayectoria destacada.)

Cuando Francisco Abel Treviño se separó de la Vice-Rectoría para Unidades Foráneas (para substituir a Herón González en Monterrey, quien se jubilaba después de una larga carrera), Fernando nombró a dos Vice-Rectores de Unidades Foráneas para reemplazarlo, ya que el SISTEMA seguía creciendo. Rafael Rangel y César Morales, al ser nombrados Vice-Rectores, dejaban de ser Directores de sus respectivas Unidades: Querétaro (Querétaro) y Atizapán (Estado de México).

## SALTILLO Y UNIDAD LAGUNA

Fernando nunca contempló a Saltillo como sede para una escuela profesional, por su proximidad a Monterrey. Pero sí opinaba que una preparatoria ahí podía servir como fuente alimentadora al área profesional del Tec en Monterrey. El tiempo ha constatado que Fernando se equivocó, y actualmente el Campus (profesional) de Saltillo, con su centro importante de competitividad industrial, es un orgullo para la vida académica de la capital de Coahuila.

Para la Prepa encontró Fernando a un donante generoso. Aunque en repetidas ocasiones había tratado de entusiasmar a Isidro López — su alumno, con quien tenía gran confianza — para que colaborara con su Alma Mater, no había logrado nada adicional a un recibimiento cariñoso, acompañado de una taza de café, El “gran pez,” del Grupo GIS en Saltillo, se le había escapado en ocasiones anteriores.



Sesión extraordinaria de educación Superior de Coahuila, donde estuvo presente Don Isidro López y otras personalidades.

Por fortuna, el día en que Fernando le enteró a Isidro que el Tec iniciaría una escuela en Saltillo, su reacción fue sorprendente e inmediata. Esta vez, sin solicitárselo Fernando, Isidro López ¡donó un magnífico terreno y cinco millones de pesos! Prueba irrefutable de nuestro regionalismo: si se trata de colaborar en una obra local, las gentes responden con inesperado entusiasmo. Esta realidad es lo que ha hecho posible el crecimiento del Tec a tan diversas áreas de la República. Gracias a patronos locales, cuyo interés por el engrandecimiento de su ciudad es notable, se han podido unir esfuerzos y crear todo un *sistema nacional* de Educación Superior. El Tecnológico aporta, además de su prestigio, su experiencia educativa y administrativa, y los patronos locales financian edificios e instalaciones. ¡Fórmula casi mágica!

La creación de la Unidad Laguna también obedeció a gestiones con un destacado hombre de empresa que, aunque residente y nativo de la Ciudad de México, tenía intereses en Torreón. Antonio Madero Bracho, Director General de Peñoles, había sido invitado previamente, como patrono de la Unidad D. F., pero en aquel entonces, Antonio se había negado a formar parte de aquella asociación. Pasados algunos años, sin embargo, y en vista del gran éxito alcanzado por la Escuela de Administración en México, "Toño" empezó a ver con más simpatía la labor del Tecnológico. Enterado Fernando de ese cambio, le pidió una entrevista para solicitarle un donativo para la naciente preparatoria de Saltillo, ya que Peñoles contaba con una planta ahí.

Para enorme sorpresa de Fernando, Toño no sólo aprobó en principio el donativo para Saltillo (a reserva de obtener la aprobación del Consejo de Peñoles) sino que propuso que se abriera también una escuela en Torreón. Éste fue, pues, el feliz inicio de un pro-

yecto mas. Por no vivir Antonio Madero en Torreón, coincidieron él y Fernando en que Santiago Garza, ex-alumno del Tec y prominente empresario, sería el candidato ideal para encabezar la promoción con los laguneros. Y así Don Santiago Garza, sin sospecharlo todavía, había caído en las maquinaciones de dos *ilusos*.

El escogido sobrepasó las expectativas. Con empeño acogió las ideas Don Santiago: primero, aceptando un estudio de mercado de trabajo profesional (pagado por partes iguales por Peñoles y por empresarios de la Laguna); después dando un fuerte donativo para la creación de la Unidad y aceptando ser el presidente de la asociación civil que la patrocinaría. Muy estrechamente colaboró con él Fernando Menéndez, graduado del Tec y gerente entonces de la empresa vinícola de la familia de Santiago Garza.

La Unidad Laguna significó un lazo personal muy estrecho para nosotros. Fue ahí donde Fernando hijo, después de una larga, penosa e increíble rehabilitación, pudo rehacer su vida, desarrollar seguridad en sí mismo, y finalmente encontrar a una chamaca chula que llegaría a ser su esposa y madre de sus dos hijos. Yo había señalado, al hablar de su enfermedad, que a los seis años de su operación “Nando” había terminado su carrera en el Tecnológico; después se había ido a Francia un semestre y por último había obtenido su Maestría en el Tec. Al pensar que ya estaba bien preparado, él mismo quiso probar suerte fuera de Monterrey. ¿Se le podrá perdonar a un padre — al Rector del Instituto Tecnológico — el que haya aceptado (y quizás inconcientemente favorecido) la idea de “Nando” de irse a trabajar a Torreón, como profesor de aquella nueva unidad?

Aunque nosotros vimos esa apertura como el último paso en la rehabilitación de Nando, ni remotamente imaginábamos que Ga-

briel Monterrubio, el exitoso primer Director de la Unidad, quería volver a su tierra. César Morales, uno de los dos Vice-Rectores de Unidades Foráneas pasó a Gabriel Monterrubio a Querétaro, como Director, y propuso como nuevo director de la Unidad Laguna a Nando (quien ya tenía varios años de profesor y era el único del personal docente con Maestría). Después de haberlo consultado escurpulosamente con Eugenio Garza Lagüera, Fernando (Rector) aprobó esta designación.



Primera generación de egresados de la Unidad Laguna, con Fernando García Molina de Director.

“Nando” y su esposa Carito, siendo los dos graduados del Tec — ella de la propia Unidad Laguna — se entregaron al nuevo trabajo con dedicación, esfuerzo, y la famosa “mística Tec.” Al jubilarse Fernando pensamos que Fernando hijo se había establecido con arraigo. Para nuestra decepción y tristeza — posible resultado

de falsas apreciaciones — Nando no supo, o no pudo, adaptarse a los vientos cambiantes... y tuvo que dejar el Tecnológico ¡tan querido para él como para nosotros!



Fernando García Molina en funciones como Director.

## **EL TEC EN MONTERREY A LA VANGUARDIA**

Aunque pudiera parecer que la sola preocupación de Fernando era el crecimiento y la expansión del Tecnológico en lejanas partes de la República, nada sería más equívoco. Su gran capacidad de trabajo le permitió dirigir la buena marcha en Monterrey también, encontrándose inmerso en toda actividad, tanto académica como extra-académica. Además, él sabía que contaba con otro equipo de distinguidos profesores, personal diverso y colegas en puestos administrativos que compartían la “Mística Tec.” A través de los años éstos cambiaban, por supuesto, pero cada quien en su tiempo dejó huella. Sólo a manera de ejemplo recordaré a los que más traté personalmente. Sale sobrando decir que mi relato no puede, ni pretende ser exhaustivo.

Entre los directivos que tanto contribuyeron a la superación del Campus Monterrey en épocas anteriores, justo es señalar a Horacio Gómez Junco, Vice-Rector Académico; a José Emilio Amores y Francisco Vera, Directores de la División de Ingeniería; a Rodolfo Montemayor, Director de la División de Contabilidad, Administración y Economía (ECEA); a Leonel Robles, Director de la División de Agricultura y Zootecnia; a José Treviño Ábrego, primer Director del Centro de Cálculo y después Director de la División de Ciencias y Humanidades, y a Fernando Jaimes, Director del Centro de Cálculo. Hasta la fecha tanto “Pepe” como Fernando Jaimes siguen sus carreras en el Tec, en puestos relevantes.

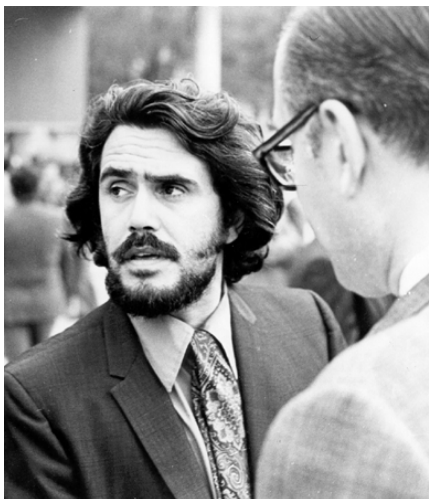
Sin embargo, Fernando tuvo que enfrentarse a críticas múltiples, que jamás faltan en cualquier organización. Cuando se aceleraba la expansión del Tec, sobre todo, algunos Consejeros y Directi-

vos cuestionaban ese crecimiento: que si la calidad de la enseñanza iba a decaer; que si una organización en tan gran escala no se resquebrajaría; que si el Campus (el de Monterrey, claro está) no perdería su prestigio y su calidad.

Con la profunda convicción de que el Tecnológico ya había consolidado su prestigio y su liderazgo, y que había hecho “escuela,” principalmente en lo académico, Fernando insistía en que las Unidades Foráneas poco a poco irían enlazándose con vigor al Sistema. Que, como un buen líder, el Campus de Monterrey, o sea, la Sede del Sistema, seguiría al frente con renovado esfuerzo, superándose siempre al desafío de un reto. ¡Ni de broma hay ahora quien dude que estos argumentos resultaron proféticos!

En realidad, la buena marcha del Instituto Tecnológico en Monterrey siguió en ascendencia. De mil maneras se hacía sentir su presencia y su influencia. El famoso “Tequito” en el corazón de la ciudad, con la entusiasta Sra. Zamudio al frente; la Escuela de Técnicos en San Nicolás; la Melitón Villarreal en Padre Mier y Bravo; la Universidad Mexicana del Noreste, con el distinguido y muy querido Rector, Antonio González Aréchiga... todas estas instituciones fueron extendiendo su influencia a miles de Regiomontanos.

La SAT (Sociedad Artística Tecnológico ) creada en el periodo de Roberto Guajardo, en forma modesta, se fue convirtiendo, bajo la dedicación y el sostenido impulso de José Emilio Amores, en importante factor de la vida cultural, tanto de los alumnos del Tec como de los mismos regiomontanos.



Gerardo – la estrella de Difusión.

De enorme e innegable impacto, también, fueron y siguen siendo las variadas actividades de Difusión Cultural, bajo la dirección siempre destacada, y las más de las veces, brillante, de José Ordóñez primero, y posteriormente de Gerardo Maldonado. ¿Quién de nuestra época no recuerda las Revistas Musicales, los conjuntos como los nunca olvidados “Los Cuatro,” las extraordinarias Com-

presencias, algún actor o actriz favorito “consagrado” en las presentaciones de teatro? Miles son las actividades que siguen desarrollándose, para beneplácito de alumnos y público en general.

No puedo dejar de recordar a Fernando Esquivel Junco, quien, con sus famosas traducciones de las comedias musicales extranjeras, “hacía nombre” en Difusión. Todo esto sin menospreciar su carrera como profesor, Director del Departamento Escolar, y en la actualidad Vice-Rector Académico del Sistema. Menos conocido es el hecho de que por largos años a Fernando Esquivel se le debiera la organización y presentación impecable de las imponentes Ceremonias de Graduación, último evento oficial cuyo recuerdo lleva consigo cada graduado.

El mismo Teatro Elizondo hizo época. No olvidamos a Don Luis Elizondo, importante donante para la construcción de este Teatro que lleva su nombre, y que guarda innumerables recuerdos en infinidad de eventos para todo Monterrey. En algún momento en que bromeaba Fernando con Don Luis, tratando de convencerlo de

que aumentara su donativo (ya que los costos se habían salido del presupuesto y no se completaba la construcción) lo amenazó: “Oiga, Don Luis, si no nos da otra ayudadita me voy a ver obligado a dejar a medias el nombre del Teatro, a solo LUIS ELIZ. ¿Qué le parece?” Se carcajeó Don Luis ¡pero ni un centavo más! Y Fernando tuvo que “rascar” por otro lado. (Lo de “Luis Eliz” fue una ocurrencia que le oyó Fernando a Roberto Benjamín, íntimo amigo de nuestro hijo Héctor, cuando escuchaba que el Tec se veía en apuros para terminar el Teatro.)

El Padre Menéndez sembró recuerdos al por mayor. Aunque Uruguayo por nacimiento, hizo de México su segunda patria y de Monterrey su hogar. Sus clases de Ética Profesional fueron formativas para cientos de alumnos; su ejercicio sacerdotal tocó a cientos de familias regiomontanas; en lo personal fue un querido y fino amigo. Al morir, dejó todo su patrimonio al Tecnológico, incluyendo la espléndida casa que años antes, al construirla, había escriturado.



El Padre Aquiles Menéndez con su “compadre.”

Las actividades deportivas tan amplias y variadas iban dando no sólo salud y bienestar a los alumnos, sino “camiseta” al quehacer extra-escolar del Tec, primero en Monterrey, pero después, en todo el país. Inolvidables han de ser las épocas gloriosas del fútbol ame-

ricano y de tantos otros deportes, con el Capi Elizundia al frente de las porras.

Y ¿qué no decir de los dormitorios? Empezando por los casi olvidados Apartamientos “La Silla,” en donde los internos enseñaban “su otra cara,” y se desdoblaban en mil facetas. Después, el gran amigo Ricardo Camargo, pendiente del quehacer de los internos y de su bienestar como Director General de Dormitorios y Cafeterías por largos años. Recuerdos todos, con Don Juanito Certucha al frente de dormitorios de hombres, y con Lolita, su hermana gemela, en el controvertido y nuevo dormitorio para *alumnas*. (Al instante me invade el recuerdo de la misa en El Roble, para despedir a Don Juanito... con la sola voz hermosa de aquel Ex-a-Tec, Javier Gibler, cantando el Ave María e invadiendo todos los corazones. Conmovida pensé, “Así quisiera que me despidieran de este mundo.”)

Había muchas formas adicionales en que el Tec de Monterrey se proyectaba a otros ámbitos. El Club CEMYD, al principio organizado por Elva Gómez Junco, esposa del entonces Vice-Rector Académico, involucraba a las esposas de maestros y directivos; el Cuer-



Damas del CEMYD.

po de Damas Voluntarias del Hospital San José ya empezaba a ofrecer su servicio social a la comunidad; las Damas Ex-a-Tec constituían una presencia de la mujer regiomontana a nivel profesional.



Plática de Laurita a Profesionistas Ex-a-Tec. “Somos elitistas, si por elitista se entiende ser responsable, disciplinado, íntegro,...”

El inmenso personal no docente — empleados administrativos y secretariales — que también aportaban trabajo leal y prolongado, como “nuestra” querida Alicia Quintanilla, secretaria de Fernando, extendían su vivencia del Tec a sus familias en todos los rincones de la ciudad. En verdad, resulta imposible comprimir 25 años de “Rectorado” (¡la mitad de los cincuenta años que en 1993 se conmemoran!) en cuartillas numeradas. Así que, en el tintero quedarán cientos de reconocimientos más. Tendrán que recibirse en silencio, tal como los hemos ido recordando a través de esta historia.

## **EL PROYECTO ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO, Y SU LARGA GESTACIÓN**

Simultáneamente con la Escuela de Graduados en el D. F., se había incubado la idea de una unidad profesional también en el Distrito Federal o sus alrededores. Otra vez hay que hacer un poquito de historia para aclarar cómo “nacen” las ideas.

Por aquel entonces el gobierno federal empezaba a darle forma a la Universidad Autónoma Metropolitana de la Ciudad de México, en un esfuerzo del gobierno por satisfacer las crecientes exigencias de la Universidad Nacional. Surgió el eterno conflicto de colegiaturas. Al son de que “en México la educación debe ser gratuita” (¡premisa por demás absurda a nivel de educación universitaria!), tanto el Presidente Echeverría como el Ing. Bravo Ahuja, Minis-



Víctor Bravo Ahuja fue gran amigo del Tec, sobre todo en sus primeros años en la política. En esta foto están Fernando y Víctor en la cena de inauguración de las oficinas del CONACYT.

tro de Educación, se dieron cuenta que tampoco la Metropolitana resolvería el problema abrumador de la demanda estudiantil. En las pláticas se ventiló el hecho, por demás desconocido, de que en Monterrey el 42% de los estudiantes universitarios pagaban colegiaturas en instituciones privadas, contra solo el 7% en el D. F. De ahí, un comentario al aire de Echeverría, “¡Pues que traigan a los de Monterrey!” El Ing. Bravo Ahuja, de manera más concreta, sugirió que el Tecnológico de Monterrey efectivamente podía servir de avanzada... y fue así como se pusieron de acuerdo para que se explorara la idea.

El Ing. Bravo Ahuja le expuso a Fernando un primer proyecto que contemplaba una gran universidad — de 10 mil alumnos ¡para empezar! — financiada fuertemente en su construcción por el gobierno federal, pero administrada con entera independencia por el Instituto Tecnológico de Monterrey. Por supuesto Fernando pensó que se le ofrecía la llamada “charola de plata” y de inmediato se lanzó, con su habitual energía y entusiasmo, a darle vida a este grandioso proyecto. También Don Eugenio, en ese tiempo, se contagiaba con igual facilidad y expectativas.

Como se pensaba construir la universidad en la periferia del D. F., vieron la posibilidad de enrolar la ayuda del Profesor Hank González, entonces gobernador del Estado de México. Él también acariciaba la idea de una universidad tecnológica en su estado, así que resultó fácil entusiasmarlo con el nuevo proyecto. Después de prolongadas pláticas y de buscar el sitio adecuado, el Prof. Hank González, a través del Gobierno del Estado de México, donó y escrituró 20 valiosas hectáreas en el Municipio de Atizapán de Zaragoza al Tecnológico de Monterrey, para que se construyera y se operara la escuela en ciernes.

Todo se puede resumir con el gracioso título de aquella comedia Shakespeareana “Mucho ruido y pocas nueces” (Much Ado About Nothing). Como sucede con demasiada frecuencia en los proyectos oficiales, el gran entusiasmo inicial fue desapareciendo... y quedó sólo el donativo generoso del Prof. Hank González.

Al repasar la historia del ambicioso proyecto original de la Unidad Estado de México, es fácil reconocer que con excesiva euforia y premura se nombró al Ing. Santiago Chuck como coordinador del proyecto y futuro nuevo director. No se sospechaba entonces que aquel gran plan se iba a estancar por varios años, y al ver que se posponían indefinidamente las cosas, Fernando optó por cambiar a Santiago Chuck (puesto que ya se encontraba en el D. F.), a la ciudad de Querétaro, en donde se había puesto en marcha la nueva Unidad, y donde fungió Santiago como Primer Director. Al mismo tiempo, colaboró en la creación de las Unidades de San Luis Potosí e Irapuato. Recuerdo con especial cariño a Alfonso Martínez Serna, el ilustrado y distinguido amigo, como el Director Fundador de San Luis Potosí. Muchas fueron las amenas pláticas en que nos relataba los quehaceres de esa ciudad encantadora, que él iba descubriendo junto con nosotros.

El prometedor pero casi olvidado proyecto de Atizapán, Edo. de México, internó hasta que llegó el vencimiento del plazo que el gobierno del Estado había fijado para que se iniciara la construcción de los edificios. Al no haberse siquiera *iniciado* la construcción, el gobierno se reservaba el derecho de reclamar el codiciado terreno.

Fernando no se podía resignar a perder tan magnífica adquisición. Fue así como se vio presionado para buscar financiamiento de empresarios, y a adecuar el grandioso proyecto a una nueva realidad. Ahora en firme, se planeó la Unidad Estado de México, “a

escala realizable,” como decía Fernando. Aceleradamente se iniciaron los trabajos de construcción y para septiembre de 1976, después de solo unos cuantos meses, se pudieron inaugurar las clases. La “Misión Imposible” se había concluido, bajo la meticulosa vigilancia y esfuerzo de César Morales, a quien Fernando había nombrado como Director Fundador.

César Morales fue ejemplar en su decidido entusiasmo. Después de haber sido profesor e investigador distinguido en Monterrey, aceptó la oferta del proyecto de Atizapán — ¡sin titubear un solo instante! Dio el “sí” y dio por un hecho el que Isabelita, su esposa, aceptara irse a México. En menos de una semana vendió su casa e hizo todos los preparativos para enfrentarse a la gran aventura. Es de justicia señalar que el éxito dramático de Atizapán en gran parte se debió a César Morales, aunque él siempre se limite a



Cesar Morales... tratando de visualizar el futuro, en la nueva Unidad de Atizapán.

describirlo, con modestia, como “a success story.” (Isabelita, su esposa, también obtuvo un éxito importante, ya que en la Ciudad de México se convirtió en una artista reconocida y admirada. Todos los que hemos recibido sus tarjetas de Navidad, con bellos grabados, hemos podido apreciar esto.)

Para quienes hemos visto nacer tantas Unidades Foráneas, es importante destacar lo poco que trasciende al público en general “la gestación,” como la llamo yo. La idea que brota y se alimenta, la infinidad de pláticas y negociaciones que se desencadenan, los estudios de viabilidad que se hacen. En especial, el desarrollo del PERT resulta primordial. Este es un procedimiento ingenieril que programa por orden, todos los pasos a seguir (que en ocasiones son ¡hasta 400!). Esperancita Burés, profesora del Tec, era la encargada de formular y supervisar el PERT, trabajo que hacía con gran habilidad. Especial atención requiere el financiamiento y el manejo de las finanzas en general, asunto siempre importante y delicado; y no menos delicada, la contratación de directores, profesores, y personal. En fin, ¡el enjambre de actividades que están implícitas en cada nueva operación! Todo esto no trasciende al público y al final, lo único que se comenta es, “Miren, ¡qué bueno, ya tenemos Tecnológico!” en Querétaro, o en San Luis Potosí o en Irapuato o en...



Evento lanzando la Unidad Ciudad Juárez, en el primer edificio de la Unidad.



Unidad Córdoba (Veracruz), en construcción.



Uno de los edificios de la Unidad Cuernavaca.

## **TAMBIÉN SE SOÑÓ EN FALSO**

Nunca es grato describir los fracasos. Pero como también son parte del quehacer humano, imposible es desconocerlos. Sin embargo, sólo señalaré aquellos en que se cifraron grandes esperanzas y no fructificaron.

Quizás el que más decepcionó a Fernando fue el de Guadalajara. Como antecedente, otra vez, hay que repasar algunos hechos. Durante varios años el Tec estuvo ofreciendo cursos de Graduados en Administración, en ciudades tan dispersas como León, Chihuahua, Mexicali y Guadalajara, con profesores visitantes (o como Fernando les llamaba, “viajantes”), que daban sus clases una vez por semana, pero que seguían su labor docente regular en el D.F., en la Escuela de Graduados en Administración.

La idea de extender esta actividad fue de Francisco Abel Treviño, entonces Director del D. F. Los cursos tuvieron un éxito inmediato, siendo el de Guadalajara tan favorable que pronto se pensó establecer en esa ciudad una base permanente. Se acondicionó un buen local rentado y se echó a andar la Escuela de Graduados en Administración, al tiempo que también se contemplaba un “campus” completo.

Se contaba con el apoyo de Abelardo García Arce (colega de Fernando en el Consejo del Banco Nacional) y con una discreta pero formal invitación del entonces gobernador Flavio Romero de Velasco. Precisamente se estaba comprando un terreno y se organizaba la Asociación Civil, encabezada por el propio García Arce, cuando éste, repentina y sorpresivamente, cambió de opinión y retiró su apoyo. El proyecto, pues, se abortó — para dormir a la manera de

“Rip Van Winkle” y despertar años después, cuando ya Fernando se había jubilado.

Hubo otro proyecto que no logró afianzarse. Éste era para la Zona Sur de la Ciudad de México. Con el éxito “estrepitoso” de la Unidad Atizapán (Estado de México), todos los elementos estaban más que puestos para emprender la expansión hacia el sur del área metropolitana. Aunque se gestionaron terrenos, primero con Hank González, entonces Jefe del Departamento Central; y después con Ramón Aguirre Velázquez, sucesor de Hank González en el mismo puesto, las negociaciones no llegaron a más. Como en el caso de Atizapán, Hank González había sido elemento determinante para la adquisición del terreno, es posible que el éxito, en este caso, se vislumbrara fácil. Por desgracia, “no siempre está el horno para bollos” y el proyecto se convirtió en humo — aunque para revivirse, también, años después.

Pero otra actividad que llevó mucho más tiempo — y años de esfuerzo — fue la llamada “Educación Abierta,” en la cual tanto Fernando como sus colegas veían un método factible para hacer llegar la educación media (a nivel preparatoria) a gente de pocos recursos o que trabajaba.

Después de haber visitado en Inglaterra la Universidad Abierta (Open University) y de haber constatado sus resultados óptimos, Fernando se abocó a convencer al Ministro de Educación, Víctor Bravo Ahuja (anteriormente mencionado como tal, y amigo, colega, y antecesor de Fernando) para que se ensayara el sistema en Monterrey, con el Tecnológico. En el convenio que se firmó se asignó al CEMPAE, como contraparte, para que se empezaran los trabajos .



Una visita de Víctor Bravo Ahuja (al centro) a la Unidad Ciudad Obregón, Sonora. (Lástima que después se agriaran las relaciones con el gobierno federal.)

En este instante, al revisar el manuscrito de “Los Recuerdos” (para hacer una nueva edición pequeña), hago una pausa obligada: *para corregir una omisión y hacer honor a quien honor merece.* Tanto Fernando como yo hemos reconocido siempre que la ingerencia del Ing. Bravo Ahuja fue importantísima para el desarrollo del Tec. De eso no hay duda, y ahora quiero subrayarlo: *nunca* se le ha reconocido públicamente esta enorme contribución al Tecnológico de Monterrey. Sin embargo, de nuestra parte, que quede esta modesta constancia de gratitud.

El CEMPAE (con ese nombre rebuscado e impráctico de “Centro de Estudios de Métodos y Procedimientos Avanzados de Educación”) se había creado para la entonces nuera del Presidente Echeverría, Rosa Luz Alegría, y por consiguiente, contaba con fon-

dos monetarios casi ilimitados. El CEMPAE aportaría todo el financiamiento para el proyecto “Educación Abierta,” condición que Fernando de ninguna manera podía objetar.

Se acordaron las bases: los profesores del Tec programarían unos 30 cursos (con sus textos); el personal del Tec prepararía algunos programas de televisión; el CEMPAE instalaría el Canal 8, la estación de televisión, en la Colonia Alta Vista, con la torre transmisora en el “Obispado.” Todo se llevó a cabo con gran profesionalismo, y tanto en el Tecnológico como en Monterrey entero se contemplaba el proyecto con crecientes esperanzas. Debo confesar, sin embargo, que la presencia frecuente de Rosa Luz Alegría (a quien nosotros en lo personal llegamos a respetar y estimar por su evidente preparación y capacidad) fue el ingrediente “folklórico” que aumentó las grandes expectativas, ya que, como nuera entonces del Presidente Echeverría, era todo un personaje.

El también “folklórico” y muy buen amigo, Carlos Ortiz Gil — ahora conocido periodista y novelista de mucha chispa — fue nombrado Director del proyecto, reportándole directamente al Lic. Rubio y Rubio, entonces Vice-Rector de Enseñanza Media del Tec.

Con franca decepción, nunca se vieron realizadas las ilusiones y esperanzas de establecer permanentemente una “Universidad Abierta.” La inversión (hecha por el gobierno) fue enorme y los resultados por demás exiguos. El alumnado nunca respondió como se esperaba y se necesitaba, aunque al principio sí hubo algunos grupos excepcionales, de jóvenes y amas de casa, que cumplieron los estudios y recibieron sus certificados de Preparatoria, para orgullo de todos. Pero los más de los estudiantes sencillamente no estaban capacitados para estudiar “por cuenta propia,” como lo exige cualquier sistema de “educación abierta.” Con tristeza fuimos viendo

## RECUERDOS DE UNA ÉPOCA

que el proyecto no podía seguir, y que moriría; tal como sucedió al terminar el sexenio de Echeverría y seguir la famosa Rosa Luz Alegría su carrera ascendente y por demás conocida y comentada, como “estrecha colaboradora” del Presidente López Portillo.



“El secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere, sino en *querer siempre lo que se hace.*”

Tolstoi.

### DIGRESIONES, SENTIMENTALES Y OBJETIVAS

Dos constantes caracterizaron la larga trayectoria de Fernando como Rector. Siempre cuidó con la mayor honestidad y escrúpulo el buen nombre del Tecnológico; y con empeño procuró mantenerse en contacto con sus colegas, profesores y alumnos. Aunque el crecimiento fue haciendo esto más difícil, Fernando insistía, “tengo que continuar muy cerca de mis gentes.”

En una visita del Presidente López Portillo al Tec, Fernando había dicho en el discurso oficial, al aire libre y bajo el famoso mural de González Camarena, que en el Tec se trabajaba “con la mejor gente.” Días después, con especial gusto leíamos el editorial de Jorge Villegas, del periódico “El Porvenir,” refiriéndose precisamente a Fernando: Su credo de la excelencia irritó al Presidente López Portillo quien señaló que ‘ser mejores’ obligaba a ‘no ser soberbios’ . “Vaya,” exclamaba Fernando, “le dolió que me refiriera a *la mejor gente*, a la nuestra, mientras que los alumnos aplaudían con delirio.”



La mejor gente...

La segunda constante fue su capacidad de adaptación. Desde años atrás había empezado a decir que él había cambiado de “chamba” cien veces, a pesar de seguir con el mismo título. “Mi trabajo como rector es totalmente distinto al que desempeñé en 1960.” Lo que indica que pudo mantenerse flexible a los cambios y que siempre pudo delegar funciones, atributos indispensables para todo buen jefe.

Pero se equivoca el que crea que Fernando fue esclavo de su trabajo. En sus horas de descanso, descansaba y jugaba con igual entrega. Nunca escatimó tiempo para convivir y jugar con sus hijos. Además, si como hijo fue cumplido y cariñoso, como yerno fue bondadoso y generoso. Aunque siempre bromeó con los “años suegra” que le tocó vivir (que finalmente fueron 20 años los que vivió mi mamá con nosotros), siempre los aceptó con derroche de buen humor y gentileza. En fin, si hablara yo de él como esposo y compañero, nadie me lo creería. Sólo transcribiré unas cuantas líneas que en algún momento le escribí:



“Porque lo que se estima y se siente,  
no se confina en palabras ni estuches.  
Es algo profundo, intangible,  
que rechaza formas y desafía fórmulas;  
que se contiene en el ser  
y se trasluce, compartido.  
Lo nuestro, vivido y gozado, es amor.  
Lo que nos alienta, lo que nos alegra,  
Lo que nos confunde, haciéndonos uno  
Sin disfraces y adornos, amor se llama.

Pero no me ciego ante la realidad. Sin el prestigio del Tecnológico para respaldarlo, sin la colaboración decidida y efectiva de sus colegas, sin la ayuda de grandes amigos del Instituto, y sin la experiencia forjada por largos años, Fernando no hubiera gozado de lo mucho que vio realizado

Hacia el final de la jornada, los Vice-Rectores con “zonas de influencia” en Unidades Foráneas eran César Morales, Rafael Rangel, Francisco Abel Treviño (por haber sido Vice-Rector de las Unidades en conjunto), y Gonzalo Mitre.

Gonzalo fue el último en formar parte de este equipo de Vice-Rectores de las diversas zonas, habiéndosele nombrado sólo para la Zona Norte. Esto se debió a que era indispensable dividir la zona demasiado extensa que hasta entonces atendía César Morales. Con anterioridad, Gonzalo Mitre se había entusiasmado con los proyectos de expansión del Tec, al hacer o supervisar estudios de viabilidad de futuras unidades. Esto lo hacía desde su puesto de Director de Ingeniería Industrial en el Campus de Monterrey. Así pues, empezó su trabajo de Vice-Rector con convicción y dinamismo, y bajo su estímulo, se crearon, casi a la par, las Unidades de Ciudad Juárez, con el patrocinio del Ex-a-Tec, Federico de la Vega; Hermosillo, con el liderazgo de Enrique Mazón; Mazatlán, con el de Abraham Toledo, también distinguido Ex-a-Tec; y Culiacán, Sinaloa, con “El Maquíó.”

Manuel Clouthier despierta especiales recuerdos, por supuesto. En “El Maquíó” (sobrenombre no solo para nosotros, sino para todo México) Fernando encontró a otro enamorado del Tec. Fue líder estudiantil; como graduado del Tec llevó su bandera en alto, y como primer Presidente del Consejo de la Unidad Culiacán sirvió con singular ahínco. Por desgracia, al entrar de lleno El Maquíó

en la política estatal de oposición, comprendió que esas actividades no eran compatibles con su puesto de Presidente de Consejo de la Unidad Culiacán, y renunció a este puesto, pensando que la separación sería temporal. A Eduardo Ritz — “El Guayo” — le tocó sustituirlo. La muerte prematura del “Maquío,” que aseguran fue accidental, truncó todas las esperanzas, como es demasiado bien sabido y grandemente lamentado.

Pero había otros valiosos colaboradores, con título de Vice-Rectores. Ramón de la Peña, quien había substituido a Santiago Chuck al separarse éste del Tec, asumió sus responsabilidades con entrega y entusiasmo, y hasta la fecha maneja el Campus Monterrey con relevancia y cada vez mayor éxito.

Alfonso Rubio y Rubio, Vice-Rector de Enseñanza Media (que incluía principalmente la Preparatoria Garza Sada) había forjado con anterioridad un nombre distinguido como conferencista, poeta y crítico de las artes. Sus alumnos lo recuerdan como gran humanista.

En campos no rigurosamente académicos, dos Vice-Rectores completaban el cuadro. Ricardo Treviño por años había sido estimado consejero de “los muchachos” en sus clases de física. Después, como Vice-Rector de Asuntos Estudiantiles en el Campus de Monterrey, se encargó de la infinidad de actividades extra-académicas: deportes, difusión cultural, dormitorios, comedores, becas, relaciones con sociedades y organizaciones estudiantiles. Con un campo tan extenso es evidente que su influencia tocaba a casi todo el alumnado.

Felix Castillo, por su parte, manejaba las campañas financieras, las rifas, y las delicadas relaciones con el Gobierno Federal. Gozaba esta última tarea como lo hacen los políticos innatos, y con frecuencia le bromeaba Fernando diciéndole que con seguridad ha-

bía equivocado su carrera, ya que parecía político por los cuatro costados. De hecho, como buen político se había distinguido anteriormente, y por once años, como Rector del CETYS en Mexicali, Baja California. El recuerdo de Felix nos es sin duda evocador, pues fue él quien ideó y preparó un hermoso cofrecito como último obsequio para despedirnos del Tec. Recopiló cartas, retratos, notas y remembranzas de infinidad de colaboradores, colegas y amigos; y ¡llenando el cofrecito lo convirtió en preciado tesoro para nosotros!

No es mi intención cubrir la carrera de los Vice-Rectores, pues cada uno, por supuesto, podría aportar su propia historia. Pero sí quiero subrayar lo valioso que cada uno fue para la expansión y crecimiento del Tec y que Fernando, con gran satisfacción, siempre reconoció en sus colaboradores los apoyos y esfuerzos incondicionales que ellos aportaban para engrandecer al Tecnológico de *todos*. Con razón agregaba Fernando a menudo que su sucesor, de seguro uno de estos leales colaboradores, sería el llamado a consolidar lo que en conjunto habían creado.

## HONOR A QUIEN HONOR MERECE

Si se les hiciera justicia a los egresados del Tecnológico, habría que escribir una larga historia. A mí me ha tocado mencionar sólo a unos cuantos, movida por algún recuerdo especial. Pero, repito, hay toda una Historia en los logros de los Ex-a-Tec, no solamente en relación al propio Tecnológico, sino en sus actuaciones en toda la República y en todos los campos posibles — cada vez más y más amplios y más relevantes. Dicho de otra manera, tanto Fernando como yo nos frotamos las manos con el porvenir que se vislumbra y nos unimos a aquel coro de antaño: “van bien, muchachos, ¡van bien!”

El cuerpo docente, tan vasto y variado como la humanidad misma, amerita también un libro aparte. Pues son los MAESTROS, a fin de cuentas, los que forjan el futuro, día a día con tenacidad, entrega y cariño..., pero que, con frecuencia, se convierten en los héroes olvidados. En vez de pretender honrarlos en breves líneas, entrego a los alumnos esa tarea. Ellos son, en última instancia, el mejor testimonio de lo que es ser un *buen* o un *gran* profesor.

En lugar señalado debe quedar, también, la importantísima labor que han desarrollado los Patronos del Tecnológico, a lo largo y ancho de nuestro bello territorio nacional. Curiosamente, en Monterrey no siempre se apreció la expansión que hizo del Tec una institución nacional de extraordinarios alcances. Pero, para su fortuna, Fernando, “el iluso que pensó en grande,” pudo encontrar amigos y patrocinadores generosos, fuera de su tierra, que se sentían orgullosos de estar participando en obras tan importantes y relevantes.

Casi sale sobrando comentar que a medida que pasaban los años y que Fernando contaba con colaboradores (Vice-Rectores)

más maduros y experimentados, él se iba desprendiendo de las negociaciones personales y directas para el establecimiento de las nuevas Unidades. De esa manera los Vice-Rectores se perfilaban como los enlaces entre la Unidades y la sede en Monterrey, y Fernando podía delegar con entera confianza. Ya he nombrado a dos de los Vice-Rectores, César Morales y Gonzalo Mitre, que ejercían su trabajo de esta manera, pero me queda por nombrar a los otros dos (Rafael Rangel y Paco Abel Treviño) en circunstancias análogas. Para Fernando era imposible desligar a Rafael Rangel de sus estrechos patronos como Don Roberto Ruiz Obregón en Querétaro, Don Eduardo Monroy en Toluca, Valentín Holguera y su grupo en Tampico, y Guillermo Brun en Colima. Por su parte, Paco Abel Treviño estrechaba los lazos personales y directos con Pablo Legorreta y Javier Esquino en Cuernavaca, y con Federico Terrazas y Eloy Vallina en Chihuahua. De esa manera se fue forjando un destacado grupo de Patronos que, a la larga, fueron, sin duda, instrumentales para la expansión del Tec, y a quienes Fernando distinguía siempre con especial y muy merecido agradecimiento.

No se puede olvidar, no obstante, que con los Patronos de las primeras Unidades Fernando compartió mayores experiencias, y que por lo mismo, conserva algunas historias y anécdotas con especial gusto. Entre ellas, el recuerdo de Víctor Cruz, empresario de Chihuahua, como el único que por iniciativa propia recurriera al Tec (por conducto del Consejero Andrés Marcelo Sada) para que se estableciera una Unidad en Chihuahua. Fernando en principio recelaba de esta plaza, pues como padecía continuamente de agitación política estudiantil (al igual que Guadalajara) temía que esto afectara la buena marcha del Tec. Sin embargo, al encontrar amigos tan entusiastas como Federico Terrazas y Eloy Vallina, y ¡muchos más!

no pudo menos que considerar la idea. Con la oferta de donación de los edificios del ex-colegio del Sagrado Corazón, cristalizó la naciente Unidad Chihuahua.

Recuerda también a Arturo Torres Martínez, su compañero de la Escuela de Ciencias Químicas y colega del Consejo del Banco Nacional, como el promotor inicial de la Unidad en León. Como había participado con anterioridad en la creación de la Escuela de Graduados en Administración en el D. F. (bajo el patrocinio del mismo Banco Nacional), Arturo le insistió a Fernando que se estudiara León, su ciudad natal, para tal efecto. Invitó a los primeros consejeros, jóvenes los más, y muchos (incluyendo a Fernando) pensaron que Arturo sería el primer Presidente de Consejo. A la larga, sin embargo, los jóvenes se impusieron en la primera Asamblea General, y en vez de distinguir a Arturo Torres Martínez, eligieron a Felipe Pablo Martínez, graduado del Tec, como Presidente de Consejo. (Es justo reconocer que Felipe Pablo también resultó ser magnífico promotor y leal colaborador.)

Parece ser que Don Eduardo Monroy fue caso único. Fernando lo recuerda como el que generó sólo, “su propia Unidad Toluca,” ya que consiguió el terreno con el Gobierno del Estado; él mismo donó casi la totalidad del dinero para las construcciones iniciales; y, como Presidente del Consejo, ha seguido supervisando (con igual entusiasmo y financiamiento) el progreso de la Unidad. Le he oído decir a Fernando que Don Eduardo Monroy le cobró tanto cariño al Tec porque uno de sus hijos se había graduado en la Unidad de Querétaro. ¡Vaya agradecimiento!



Inauguración de la Unidad Toluca.  
Eduardo Monroy está a la izquierda de Fernando,  
y Félix Castillo a la derecha.

Tampoco olvida Fernando a Mario Lozano de San Luis Potosí, patrocinador y primer Presidente de Consejo de esa Unidad. Él generó la incipiente idea de un programa empresarial. Con insistencia le repetía a Fernando, “Si el Tec prepara con tanto éxito a los futuros altos ejecutivos de empresas (aunque al fin y al cabo, empleados), ¿porqué no ofrecerles a los alumnos una opción... que los prepare para ser empresarios y crear nuevas empresas?”

La pregunta insistente condujo a Fernando a que se estableciera con ese objetivo (el de preparar empresarios) un curso dentro del programa de Maestría en Administración de Empresas, en Monterrey. De ahí, la idea novedosa de crear una empresa real y productiva, que sirviera de aprendizaje, para que los alumnos observaran su creación y su marcha.

Después de considerar muchas posibilidades, cristalizó la inquietud en “Patrones de Información” — con profesores y directivos del Tec en Monterrey, como socios; y además con algunos patronos empresarios y empresas (como Javier Bours, Mario Lozano, Arturo Torres Martínez, VISA y CYDSA, entre otros). De manera efectiva, la empresa operó por varios años y sirvió como interesante y curioso semillero empresarial. Las olas que se formaron alcanzaron Unidades tan lejanas como Querétaro, en donde Rafael Rangel acogió la idea con singular fervor, y hasta la fecha la sigue impulsando con entera convicción.

En esta variada y apasionante trayectoria, Fernando paulatinamente se había convertido en Rector de un Sistema Educativo Nacional. Fue afortunado en que le tocó estar al frente del Instituto Tecnológico en una época de grandes cambios sociales, de innovaciones educativas, y de un crecimiento estudiantil explosivo. Esta descripción de 1984 resulta ingenua en comparación con los cambios que el mundo ha sufrido desde entonces, pero en esa época, sentíamos que vivíamos esa gran realidad. Fue afortunado Fernando, repito, pues le tocó estar a la vanguardia de *su* época, con los elementos que se necesitaban para tener éxito.

Contó además con el apoyo firme y continuado de su Consejo. Aunque al principio tenían sus reservas algunos Consejeros en Monterrey, poco a poco fueron avalando con creciente entusiasmo la expansión del Tec. Fernando recuerda de manera especial y con gratitud a Eugenio Garza Lagüera, su Presidente de Consejo durante los últimos años, y a los Consejeros Othón Ruiz, Alfonso Garza, Andrés Marcelo Sada, Eduardo Hovelman, y Octavio Rocha. De seguro no podía menos que agradecer los repetidos votos de confianza recibidos en los momentos en que más los necesitaba.

El trabajo de Rector fue más variado de lo que jamás imaginó Fernando.



## **ASPECTO FÍSICO DE MIL CARAS**

Arquitectónicamente hablando, al Tecnológico se le mira en Monterrey y en toda la República con mil prismas: estilos que varían según las regiones y sus tradiciones; estilos a veces novedosos y en ocasiones de avanzada, incluyendo las muy variadas casas de los sorteos. En lo que le tocó supervisar a Fernando, favoreció cuando fue posible, a los arquitectos e ingenieros del Tec para que diseñaran y construyeran. Sin embargo, al asumir la Rectoría, había “heredado” al Ing. Armando Ravizé como constructor oficial, y todavía bajo Fernando el Ing. Ravizé construyó algunos edificios de importancia, destacándose el entonces novedosísimo gimnasio diseñado por Ricardo Guajardo y Armando Ravizé; construido por el Ing. José Maiz Mier, y supervisado por el mismo Ing. Ravizé.

Con el tiempo, al implantarse los concursos para construcción, el Ing. Ravizé fue separándose de su actividad en el Tec, dejando la tarea de construcción en manos de más jóvenes y ambiciosos profesionales. El Arq. Jaime Villareal, por su seriedad y cumplimiento “a tiempo” se convirtió en uno de los más confiables colaboradores. En sus manos estuvieron los diseños de la Biblioteca y del Teatro Luis Elizondo en Monterrey, y de las “Unidades” (que ahora llevan por nombre “Campus”) de Guaymas, Garza Sada, Querétaro, D. F. (Graduados), San Luis Potosí, Saltillo, León, Irapuato y Chiapas. Los ingenieros Lauro Chapa, Tomás Cantú y Juber Sepúlveda tuvieron a su cargo mucho de lo construido en esos años.

Debe mencionarse la interesante y original ampliación del Estadio, en su segundo piso, que sin suspender actividades ni destruir las graderías del primero, hizo el cambio dramático de cimenta-

ción y columnas para sostener tanto el primer piso como el nuevo segundo piso. El notable método de construcción fue concebido por los ingenieros José María López Barañano y el Ing. Gabino Pérez Pagola, mientras que el cálculo de la estructura fue hecho por Roberto Gómez Junco. (Me es imposible mencionar al Ing. López Barañano sin recordar también a su querida esposa, Genny. A ella le debo en gran parte el que yo “soltara la lengua” en francés, ya que por años nos juntábamos a tomar café y platicar sólo en su idioma nativo. ¡Nunca hemos dejado de lamentar aquel trágico accidente automovilístico que mató a los dos simultáneamente!)

Destacó en época posterior el Edificio de Ingeniería con su bello patio central, diseñado por José Luis Pineda; y novedoso también fue el primer dormitorio para mujeres, diseñado por la Arquitecta Pugioni en el estilo que ella nos enseñó a llamar “neobrutalismo.”

Hoy la fisonomía del Tec en Monterrey me causa la tristeza que siente uno al recordar tiempos pasados, no necesariamente mejores, pero sí ¡íntimamente propios! Me pregunto a veces si el nuevo edificio, Centro de Tecnología (conocido por los alumnos como “el servilletero” ) se construiría con el propósito de marcar, con audacia y en forma radical, una nueva era. Para mí en especial fue motivo de pena sentir disminuido a segundo término el viejo símbolo del Tecnológico — aquel por demás conocido y fotografiado edificio de Rectoría, como el también ya famoso mural de González Camarena, recuerdo inolvidable de todo graduado del Tec, retratado ahí, con sus compañeros, para despedirse de su escuela.

La gran masa del nuevo edificio, atropellándose contra la Avenida Garza Sada, y tan cercano al viejo edificio de Rectoría, me pareció una traición. Y sin embargo, a pesar de aquella indignada

primera impresión, el “bálsamo del tiempo” me ha modificado la vista. Además, terminado el edificio, el Ing. Rickarday amablemente nos invitó a hacer un recorrido detallado, y bajo la influencia de su entusiasmo logré apreciar la innovación arquitectónica y sus bellas vistas hacia el Cerro de la Silla. Pero no dejaré de pensar que un edificio de estas dimensiones debiera haber sido enmarcado en un espacio más amplio, por no decir enorme.

El monumento a Don Eugenio, que en otro tiempo le tocara a Fernando, también causó no pocas polémicas. ¿Quién no soñaba con un monumento de la estatura y trascendencia del propio Don Eugenio? Todo parecía poco, por lo mismo.

Al fin, por petición de su familia, y en especial, de Eva Garza Lagüera, se invitó al renombrado arquitecto Matías Goeritz. Si no había sido el diseñador *único* de las famosas torres a la entrada sur de Ciudad Satélite, sí había participado en su concepción.

Llegó pues a Monterrey Matías Goeritz, con su séquito de cuatro arquitectos y escultores, y después de una semana elaboraron un anteproyecto, cuya originalidad se antojó soberbia. Consistía en construir a la entrada al Tec, un especie de “retrato hablado” de Don Eugenio, en consecutivos planos de columnas recubiertas con mosaico italiano multicolor. Solo en cierto punto y ángulo, a distancia, aparecía la cara de Don Eugenio — figura escurridiza, tan acorde a su legendaria modestia y ¡tan movidiza como el personaje que se aparecía en el Tec, en todas partes en cualquier momento!

Idea espléndida, que jamás pudo tomar forma. Porque a la hora en que se hicieron los cálculos en la Escuela de Ingeniería, ya concretando dimensiones, se dieron cuenta de que para realizar la obra, se necesitarían grandes espacios disponibles ¡y anteojos de

larga vista! para ver la figura. ¿Cómo, cómo es posible caer en semejante craso error? ¡Y en forma colectiva!

Salen sobrando las conjeturas. Al reclamarle Fernando el “atropello” a Matías Goeritz — con no poco coraje e indignación — éste elaboró un modesto boceto, a la carrera, de lo que se conoce como el monumento a Don Eugenio — concepción ni medianamente digna de lo que se había anhelado. Jaime Villareal tuvo que hacer el proyecto constructivo, y Matías Goeritz jamás volvió a presentarse en el Tec.

A decir verdad, lo más destacado de la Ceremonia de Inauguración fue el hermoso y emotivo discurso del Lic. Alfonso González Segovia, inolvidable para quienes lo escuchamos, como digno tributo a Don Eugenio.

Mucho más significativo que el monumento, creo yo, fue el regalo que Fernando le hizo al Tec, de un magnífico óleo de Don Eugenio, muy poco después de su muerte. De manera privada y muy personal, Fernando comisionó al prominente artista, Arq. Antonio Joannides, para que hiciera el cuadro. A pesar de que “Tony” tuvo que basarse en las más recientes fotografías de Don Eugenio antes de morir, el resultado fue magnífico. Terminada la obra, Fernando la hizo colgar, sin fanfarrias ni ceremonias, en la Sala de Consejo. Ahí ha seguido presidiendo Don Eugenio y con seguridad continuará, con su discreta dignidad.

## **LOS AÑOS DORADOS**

A medida que el Tecnológico crecía en forma física, crecía y crecía su prestigio a lo largo y ancho de la República Mexicana. Y durante esos mismos largos años, Fernando también crecía y maduraba. El hombre inquieto y activo se fue tornando sereno y reflexivo. Fue moldeándose, como todo ser humano lo hace, según las circunstancias y las exigencias; y casi sin darse cuenta, de ingeniero García Roel fue pasando a ¡Don Fernando! En su persona, pues, quisiéramo o no, se iba reflejando un singular reconocimiento. Los nuevos patronos de las Unidades lo distinguían y lo festejaban; en el exterior lo invitaban a formar parte de Consejos y Organizaciones, como CHEER (Council of Higher Education in the American Republics) y Southwest Research Institute de San Antonio, entre otras.

Le invitaban de algunas fundaciones, para asesoramiento en problemas concretos (Ford, Rockefeller, Jenkins y Gulbenkian — fundación cultural con sede en Portugal). Recibía invitaciones para servir de jurado (Premio de Ciencia y Tecnología del Banco Nacional) y de Consejero en diversos bancos y empresas. Bromista siempre, se reía diciendo, “Un Rector adorna, no cabe duda.” Hasta ex-presidentes le llamaban.

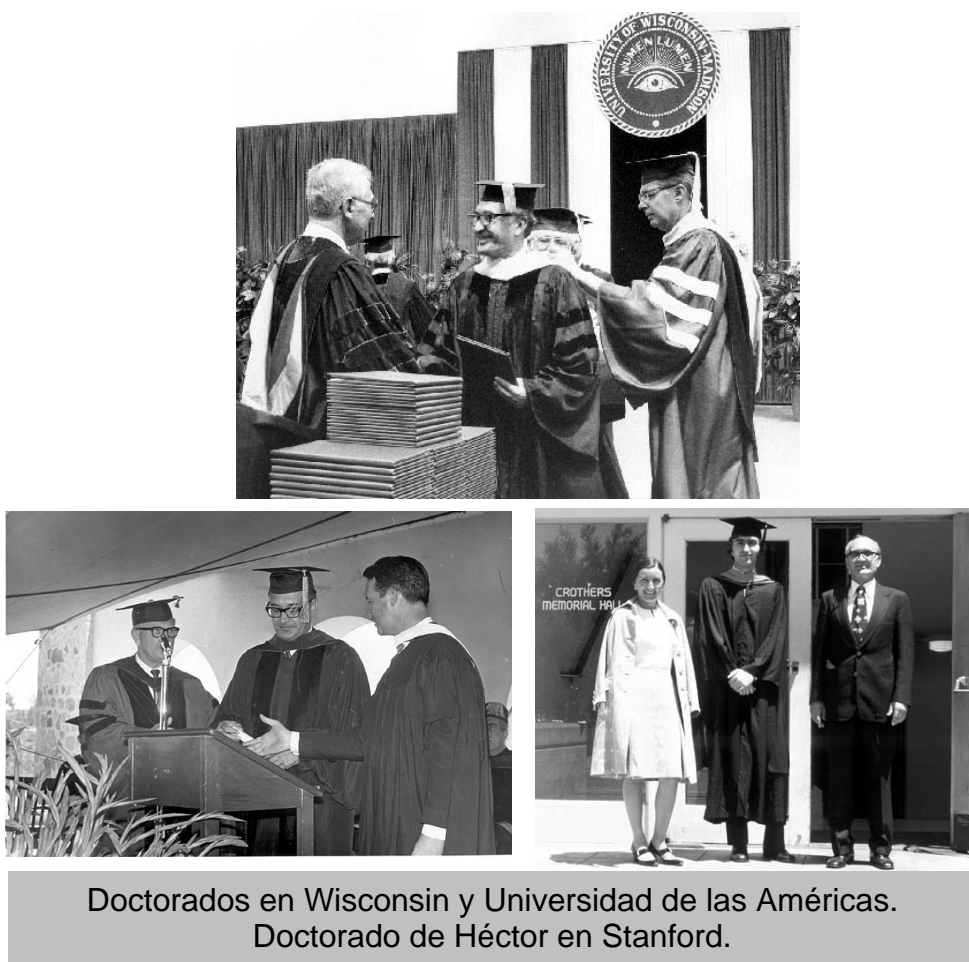
Recordaba Fernando, con su buen humor, la ocasión en que Licha Quintanilla, su leal secretaria de años, le avisó que el Lic. Portes Gil le hablaba para invitarlo a comer. Intrigado por la invitación, pues como dice Fernando, “no todos los días habla un ex-presidente para invitarme a comer,” aceptó con gusto y acudió a la cita con toda puntualidad. Pronto se disipó la incógnita, ya que el Lic. Emilio Portes Gil le explicó que sólo lo quería saludar para en-

cargarle a su hijo Artemio, quien acababa de ingresar al Tec. (No cabe duda, por muy presidente o ex-presidente que sea un hombre, su preocupación como padre es igual a la de cualquier otro mortal.) Al tratarse de eso, por supuesto, Fernando le aseguró al Licenciado que vigilaría al muchacho. Además, al recordar que la esposa del Licenciado era también norteña, de General Terán, agregó, “hombre, me da mucho gusto saber que este muchacho regresa a la tierra de su madre.”

El Licenciado Portes Gil se turbó ligeramente y con algo de pena le aclaró a Fernando que el hijo era suyo nada mas, fuera de matrimonio. “Usted sabe, Ingeniero, cosas de la Revolución, de la bola...” Sin inmutarse, y con su habitual franqueza, Fernando comentó, “Pero oiga, Licenciado, eso de la Revolución hace ya muchos años ¡y este joven tiene apenas 18!”

“Bueno, qué quiere usted, uno se queda enmañado...” Y los dos rieron socarronamente.

El caso es que yo siento que Fernando nunca dio rienda suelta al halago. Supo conservar esa modestia y sencillez que adorna al norteño de cepa. Hasta cuando su segunda Alma Mater — la Universidad de Wisconsin — le distinguió con el Doctorado Honoris Causa, pudo bromear con nuestro hijo Héctor. Éste estaba por doctorarse en la Universidad de Stanford, en California, y Fernando le habló para darle la grata noticia de *su* Doctorado. “Qué crees, hijo, ya voy a poder tutearme contigo, pues yo también ostentaré un distinguido Doctorado. Claro, el mío es “honoris causa” y de ninguna manera se puede comparar con el tuyo, que lo has ganado con el sudor de tu frente.” (En los Estados Unidos se diferencia mucho entre el “earned PH.D.” y el simbólico doctorado *honoris causa*.)



Pero Héctor, siempre oportuno, le contestó, “Oye, papá, yo diría que el tuyo te ha costado demasiados años y mucho más sudor de la frente.” No obstante, cuando salió en “El Panorama” (publicación interna del Tec) el nombre de Fernando precedido por el “Doctor,” éste, acorde a su forma de pensar, dio la orden terminante de que nunca más se usara.

Por otro lado, sin embargo, Fernando atesoró por largos años una distinción que estimó más personal que otras. Cuando su escuela, la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional iba a celebrar (en 1966) sus 50 años de fundada, los egresados escogieron a Fernando como orador para que los representara en la

apertura de los festejos. La ceremonia tuvo lugar en la sala principal de Bellas Artes, nada menos, con la presencia del Presidente Díaz Ordaz; del Rector de la Universidad Nacional, Javier Barros Sierra; y de los directivos de la Facultad de Ciencias Químicas. El sencillo pero emotivo discurso de Fernando, que recordaba a los egresados su añorada Escuela y sus días de estudiantes, conmovió al vasto auditorio. Y premiaron a Fernando con una inusitada ovación, difícil de olvidar para el aún muy joven Rector del Tec.

El que tanto Héctor como Fernando (hijo) hayan estudiado en el Tec, por cierto, puede parecer muy natural. Pero curiosamente, es un hecho poco usual. Los hijos de rectores frecuentemente escogen *otra* universidad para realizar sus estudios. Cabe preguntar, ¿por qué?

Porque contrario a lo que se pudiera pensar, estos hijos con frecuencia padecen más presiones que favoritismos. Cuando Héctor recibió su primer título del Tec, con promedio de 10, no faltó quien me dijera, “pero, qué chiste, si es hijito del Rector...” No podía entonces aclarar que en el Colegio Americano había sido el alumno de más alto promedio; y que en un programa especial de la “National Science Foundation,” en San Diego, California había sobresalido con el primer lugar. (En aquel entonces no sabíamos que Héctor iba a terminar todos sus estudios de post-grado — dos Maestrías y el Doctorado — en la Universidad de Stanford, California, también con promedio equivalente a 10, o sea A).

En sus últimos años como Rector, Fernando alternaba con infinidad de personajes, con toda naturalidad y con la chispa que lo caracterizaba. El relato de un encuentro con otro “don” — con Don Fidel Velázquez — siempre causó regocijo.

De casualidad, en el aeropuerto de la Cd. de México se encontraron los dos viajeros. “Don Fidel, soy el Rector del Tecnológico de Monterrey, donde estudió la preparatoria su hijo Fidel.” (¿Cómo iba a dejar pasar esta espléndida referencia Don Fernando?)

En la breve conversación que siguió, Fernando se declaró gran admirador de Don Fidel. Extrañado éste, ¡por supuesto!, ya que el piropo salía de un viejo “reaccionario,” preguntó, “¿pero cómo es eso?”

Y sin inmutarse, Fernando respondió, “Yo sólo tengo 20 años de Rector, Don Fidel, y usted nada menos que 40 capitaneando la C.T.M. ¿Cómo no he de admirarlo?”

## ESCUELA DE MEDICINA

Con paciencia y por largos años, Fernando acarició aquella incipiente idea de que el Tec debía incursionar en el campo de la medicina. Nuestra experiencia en Houston lo había convencido de que México necesitaba y merecía mejores médicos. Pero también se le había arraigado la convicción de que sin un buen hospital no se podía aspirar a una escuela de medicina de excelencia.

Debe mencionarse como antecedente, que el Dr. José González Quijano, en trato directo con Don Eugenio Garza Sada, años antes, había intentado entusiasmarlo para que se considerara una escuela de medicina en el Tec. Para sorpresa de Don Eugenio, y muy a pesar de sus enormes deseos, Fernando se opuso repetidamente a la idea, *si no se tenía antes un buen hospital*. El Dr. González Quijano, al no obtener resultados, enfocó sus esfuerzos a la recién formada Universidad de Monterrey, en donde sí se estableció una Escuela de Medicina.

Por fin, a mediados de 1976, Fernando vislumbró la primera apertura concreta para que el Tec adquiriera un hospital, base indispensable, seguía insistiendo, para la operación de una escuela de medicina. Eugenio Garza Lagüera, ahora Presidente del Consejo del Tecnológico, le platicó que existía una posibilidad de que el Hospital Muguerza se donara al Tecnológico. Como Eugenio tenía lazos estrechos con el Sr. Adrián Muguerza (éste era accionista menor de VISA), habían platicado sobre el asunto, ya que el mismo Eugenio le había comentado el interés que el Tec tenía por una escuela de medicina. Para iniciar algún arreglo se acordó que el Tec estudiara la operación del Hospital Muguerza, y de esa manera se asignó al

Auditor del Instituto Tecnológico, C.P. Gustavo Plancarte, para que empezara esa evaluación.

Gustavo le reportaba directamente a Fernando y por varios meses estuvo conociendo la operación del Hospital Muguerza y haciendo recomendaciones para mejorarla. Pero cuando el Tec estaba decidido a asumir de manera formal la operación del Hospital y fundar la Escuela de Medicina, hubo un inesperado viraje. El Sr. Muguerza le informó a Eugenio que el Hospital *no se donaba*. Que los Muguerza *venderían* su parte, a un precio por demás elevado y que los grupos de médicos continuarían como accionistas (e indirectamente como “socios” del Tec), arreglo que de ninguna manera convenía al Tec. ¡El desencanto fue total!

Ante este fracaso, y movido por coraje, indignación y posible inspiración del momento, Fernando le habló a Othón Ruiz, Consejero del Tec, con quien tenía especial confianza. A él le expuso en ese momento la idea (¿descabellada?) de procurar el Hospital San José para el Tec, ya que ése representaba una última posibilidad para adquirir un hospital privado de calidad y de tamaño adecuados. De hecho, ya visto desde este nuevo enfoque, el “San José” se ajustaba, a la perfección, al índice mínimo recomendado para una buena escuela de medicina — de cinco camas disponibles por alumno (en el área de estudios clínicos) — ya que la escuela se proyectó siempre con solamente 20 alumnos por generación.

A Othón y a Fernando se les ocurrió, como primer paso, ir a ver a Federico Santos, sobrino de Don Ignacio Santos. (Don Ignacio, para entonces, era el único dueño del Hospital San José). Federico los recibió de inmediato y con gusto, y tuvo una respuesta por demás positiva: “Ingeniero, váyanse ahora mismo a ver a mi tío. Creo que es el momento *más* oportuno.”

¡Y así fue! En la primera entrevista de Othón y Fernando con Don Ignacio, éste exclamó, “Oye, Ingenierito, ¡la idea me cae como anillo al dedo!” La idea de que se creara una escuela de medicina con su nombre y de que pudiera resolver el futuro de su Hospital (que ninguno de sus sobrinos quería abordar), le resultaba espléndida. Era, ¡por supuesto!, el momento oportuno.

Las pláticas se sucedieron de manera acelerada, para culminar con la creación de una fundación de beneficencia privada: “Santos y de la Garza Evia.” Por medio de este arreglo, el Hospital San José se destinaría a un futuro hospital-escuela de la naciente Escuela de Ciencias Médicas del Instituto Tecnológico de Monterrey.

Se acordó, además, que la escuela de medicina que se construiría en terrenos del propio Hospital llevara, como se había ofrecido, el nombre de Don Ignacio. Don Ignacio, a su vez, cerró el trato con lo que se vio como broche de oro en aquellos momentos de alegría: se comprometía a cubrir el déficit operacional del Hospital durante los siguientes tres años.

Pero... por algo lo hizo Don Ignacio. ¡Sabía que la operación del Hospital San José era un caos en cuanto a finanzas y administración! Y, efectivamente, ya sobre la marcha se dio cuenta Fernando de que a la euforia inicial iban a seguir largos años de trabajo y esfuerzos, y, a veces, de contratiempos insospechados para “enderezar aquel entuerto.”

Al percibirse por completo la enorme tarea que el Tec se había echado auestas, se vio la necesidad de buscar ayuda por fuera. Fernando y sus colegas, y en especial Santiago Chuck, empezaron a sondear varios hospitales y organizaciones hospitalarias: Humana; el Hospital Metodista en Houston; Texas A & M, con su liga al Centro Médico de Temple; y el Instituto Mexicano del Seguro Social.

El “Metodista” con su afiliación a la Escuela de Medicina de Baylor, resultó ser la organización más conveniente. Se pudo firmar un primer convenio para asesorar la nueva marcha del Hospital San José y la Escuela de Medicina naciente. Este convenio, por desgracia, tuvo que discontinuarse con la crisis económica del ‘82, aunque ya para entonces, por fortuna, se había corregido gran parte de la administración del Hospital.

Como los primeros dos años de los estudios de medicina se hacían en el Campus principal de Monterrey, no fue sino hasta dos años después que se inauguró la Escuela de Medicina, de acuerdo a lo programado, en los terrenos del Hospital. Para la construcción del edificio y las instalaciones se emplearon fondos de la Asociación que auspicia al Tecnológico (EISAC) y algo del producto de los famosos Sorteos del Tec.

Actualmente, la Escuela de Medicina cumple con los lineamientos establecidos para fundarla y operarla, y su meta sigue siendo la de preparar mejores médicos. Sus alumnos, para ingresar, tienen que reunir los requisitos más rigurosos de todo el Sistema; los directivos y profesores se han imbuido en la mística de EXCELENCIA; y sus egresados ya empiezan a resonar. ¡El sueño largamente sostenido se va volviendo realidad!



Un sueño realizado: ¡la primera generación de MÉDICOS!

Ya muerto Don Ignacio, su viuda, Doña Consuelo, hizo instalar la estatua de su marido, que se encuentra a la entrada principal del Hospital. Siempre festejamos la singular reacción que tuvo Doña Consuelo al no aceptar la primera estatua, ya que, según ella, ¡los pantalones de Don Ignacio, estando arrugados, no correspondían a la impecable pulcritud de su marido! Fernando, junto con tantos colegas, se asombraron de este extraordinario alegato...pero la estatua se substituyó con una segunda, “con los pantalones bien planchados.” (Tengo entendido que la estatua con los pantalones “mal planchados” se encuentra en el pueblo natal de Don Ignacio, Bustamante, N. L.)

Las relaciones con Doña Consuelo, una vez desaparecido Don Ignacio, fueron de lo más cordiales. Fernando empezó a creer que ella eventualmente dejaría un importante patrimonio al Hospital, al que le había tomado renovado cariño, en parte gracias a las Damas Voluntarias que apoyaba con ahínco. Es más, la misma Doña Consuelo le había insinuado a Fernando, como despedida al jubilarse éste, que así lo haría. De manera que fue una decepción profunda para Fernando el constatar que Doña Consuelo, al morir, había desatendido aquella “promesa.”

Por otro lado, Doña Consuelo Santos trabajó como voluntaria en el Hospital San José hasta su muerte, y siempre ayudó con especial generosidad. Estrechó muchos lazos con la asociación de damas voluntarias y se le recuerda siempre con gratitud y cariño. Por eso, pues, quiero terminar esta sección con lo que escribí en ocasión del cambio de Mesa Directiva de las Voluntarias del Hospital San José en enero de 1992.

Queridas y finas amigas,

¿Quién no ha dicho en algún momento “no hay mal que por bien no venga”? El mal y el bien de mi pequeña historia es la gestación, por extraño que parezca, de la Escuela de Medicina del Tecnológico y de este Cuerpo de Damas Voluntarias. Se remonta a largos años, cuando nosotros vivíamos una tragedia en el Hospital Metodista de Houston, con un hijo que se debatía entre la vida y la muerte. Como secuela directa surgió la idea obsesiva de Fernando, mi esposo, cuando era Rector del Tecnológico de Monterrey, de que urgía abrir una escuela de medicina para formar mejores médicos, bajo el riguroso sistema Tec.

Pero yo también tuve una ilusión. Sabía por experiencia propia que un buen hospital debe contar con el elemento humano especial para confortar a los enfermos y sus familiares. Yo sabía lo que era estar de prisionera por tres largos meses acompañando a un hijo enfermo de gravedad. Como lo he dicho en otras ocasiones, hasta llegué a pensar que habíamos traspasado la entrada al Infierno de Dante, en donde, repito, reza la leyenda, “Toda esperanza pierda el que por aquí pasara.”

Yo, que había salido de mi casa por tres días, no volví hasta tres meses después, con Nando deshecho y nuestras vidas desarticuladas. En el hospital, muy poco había que suavizara aquella pena... salvo la presencia de las “Damas de Rosa” (Pink Ladies), las voluntarias que con su amabilidad y dulzura se esforzaban por aliviar en alguna forma nuestro dolor.

Pasados los años y fundada y en operación la Escuela de Medicina, quise hacer realidad aquella ilusión de tener en “nuestro” Hospital San José un cuerpo de Damas Voluntarias. Encontré el apoyo inmediato e irrestricto en Eva Gonda de Garza Lagüera y en

Doña Consuelo Santos. Con ellas y algunas amigas más (de las que quedan sólo Eva y Yola Treviño como voluntarias activas), nos convertimos en las fundadoras y organizadoras del Cuerpo de Damas Voluntarias del Hospital San José.

Hubo semanas de planeación, juntas, toma de decisiones, reglamentos provisionales, uniformes, nombre (CER — CONSUELO, ENTREGA, y RESPETO; con la “C” al principio para honrar a Doña Consuelo, también). Siguió el reclutamiento del primer pequeño grupo ¡y por fin, se inició el primer día de trabajo con aquellas entusiastas pero quizás inseguras damas! Veo todavía, y con encanto, a Yolanda Treviño, Chacha Rickarday, Carmela Duhne, Beatriz Mitre, Toñita Elizundia y Aurorita Quijano.

Gracias, amigas fieles; y un reconocimiento muy especial y cariñoso a todas las presentes y ausentes, que han contribuido a la excelente y continuada marcha de este destacado cuerpo de “Damas de Azul.”



Damas Voluntarias del Hospital San José.

## RETIRO A TIEMPO

Con tres años de anterioridad a su retiro definitivo, Fernando le insinuó a Eugenio Garza Lagüera que ya pensaba en retirarse; que a los 60 años y en plenitud de sus facultades quería hacerlo para no esperar el a veces ingrato paso de los años. Parece que la noticia por demás inesperada, sorprendió a Eugenio, y éste rechazó la sugerencia de inmediato. Pero... la inquietud se había sembrado y ante lo que empezó a visualizar Eugenio como una realidad, lo obligó también a pensar en posibles sucesores.

Se inquietaron también los colegas y subordinados de Fernando, ante el temor de que se invitara a alguien que no tuviera el vínculo estrecho con el Instituto. De seguro, tanto ellos como el mismo Fernando estaban convencidos de que una persona *de fuera* frustraría el entusiasmo de todo el cuerpo directivo. Así, pues, Fernando optó por posponer su retiro. Y en los años sucesivos dirigió sus esfuerzos para que tanto Eugenio como los Consejeros sólo vieran el posible sucesor como miembro del propio Sistema Tec.

De esa manera, a mediados de 1984, Fernando pudo anunciar su jubilación definitivamente, con la seguridad de que el sucesor sería uno de los Vice-Rectores. A su manera, y muy ingenierilmente, según su decir, preparó un cuadro evaluatorio muy detallado, y lo más objetivo posible, para que el Consejo tomara la última decisión. Con gran satisfacción para Fernando, se pudo hacer el anuncio oficial de su retiro de manera simultánea al nombramiento del sucesor. Hasta a *Maquiavelo* (popular columnista del periódico regiomontano "El Norte") le sorprendió la forma tan discreta y efectiva

con que se había manejado el asunto, ¡ya que él mismo había hecho varias falsas predicciones!

Para fines del '84 Fernando seguía convencido de que era ideal retirarse a tiempo. Con 25 años de trabajo intenso como Rector, empezaba a sentir cansancio. Los problemas que antes representaban estupendos retos a resolver, ahora le parecían por demás molestos. Empezaban a declinar, quizás imperceptiblemente para otros, su tenacidad y capacidad de trabajo. Hasta su legendaria memoria se empañaba de cuando en cuando. Así que, al cristalizar su idea de una primera ceremonia oficial del Tecnológico de “cambio de poderes,” la organizó y supervisó con entusiasmo y preparó su discurso de despedida con esmero.



Primera cena oficial para despedir a Fernando, de parte del Campus Monterrey. Como invitada distinguida, Doña Consuelo Lagüera de Garza Sada (centro, primer término).

A medida que se fueron acumulando las muestras de cariño y aprecio, en repetidas e inolvidable despedidas — “en casa” y en casi todas las Unidades Foráneas, el adiós final fue satisfactorio y ama-

ble. Si no *alegre*, sí con la convicción de una misión cumplida. Escojo para terminar, algunos pensamientos del discurso de despedida de Fernando.

#### DESPEDIRSE ES MORIR UN POCO.

Despedirse es morir un poco. Sobre todo cuando uno ha permanecido tanto tiempo junto a la mejor gente y en torno a una obra tan noble como el Instituto Tecnológico de Monterrey. A Uds. que son esta mejor gente, y a esa obra educativa en la que todos nosotros hemos sido partícipes, esta mañana me corresponde decirles adiós.

Debo confesar, sin embargo, que no es la tristeza el signo dominante de esta ocasión. Tengo muchos motivos de alegría que compensan en parte el natural dolor de la despedida. Para empezar, tengo la convicción de haber cumplido a satisfacción una tarea importante. Esta tarea no ha sido otra que la de coordinar el esfuerzo, la dedicación, la inteligencia de tantos y tan talentosos seres humanos que integran con orgullo el Tecnológico de Monterrey— y a cuyo lado he aprendido que lo más importante de los visionarios es haber entendido el valor de la audacia, la importancia del coraje emprendedor y la trascendencia de la curiosidad científica.

También es bálsamo terapéutico el caudal de recuerdos y experiencias que llevo conmigo. Atesoro todo lo que aprendí mientras tuve el privilegio de ser su Rector. Me siento un hombre AFORTUNADO y con legítima avaricia guardo las amistades y los afectos, tejidos a lo largo de estas cuatro décadas en el Instituto.

Recuerdos de algunas despedidas...



Despedida en la biblioteca "Fernando García Roel," en la Unidad Saltillo.



En Córdoba, Veracruz, con Fernando Perdomo



Despedida en Hermosillo, Sonora.



Nueva biblioteca en la Unidad Chihuahua.

### BREVE SECUENCIA

En diciembre de 1987, a los tres años de jubilado Fernando, apareció en el periódico regiomontano “El Norte” la noticia de que se había entregado el Premio Científico Luis Elizondo 1987, en el área de Educación, al Ing. Fernando García Roel, “concedido como un justo reconocimiento a su meritoria labor por más de 40 años en favor de la educación en el país.”

En la Ceremonia de Entrega, Fernando agradeció la distinción de una medalla de oro y un diploma, pero agregó lo siguiente: “Los cinco millones de pesos (la parte monetaria del Premio) se entregarán al Instituto Tecnológico de Monterrey. Como por mucho tiempo yo fui presidente del patronato del premio, jamás pensé que me iban a proponer, y mucho menos que lo fuera a ganar. Porque debo insistir, mi labor en el Tec no fue *mía* sino de todo un equipo humano. Y me place, por lo mismo, informar que conservaré la enorme dis-



Don Luis Elizondo, a la derecha de Fernando, con los integrantes del Patronato del Premio Luis Elizondo.

tinción de medalla y diploma, pero que donaré el total del dinero que se me entrega, con la recomendación al Tec de que se constituya en un fondo para otorgar becas de sostenimiento a alumnos necesitados, en cualquier campus del Sistema.”

Al hacer personalmente entrega del efectivo, Fernando agregó otros cinco millones de nuestro propio patrimonio. Hay que recordar que era la época de los “3 ceros” — que después se quitaron — y que aún con diez millones de pesos, la cantidad resultaba modesta. No obstante, para nuestro beneplácito, el fondo, al que se le puso mi nombre, sigue operando con muy buenos resultados.



Entrega del Premio Luis Elizondo a Fernando.

En 1993 el Tecnológico de Monterrey organizó el magno evento para celebrar los primeros 50 años de su fundación. Para nuestra satisfacción, ya que Fernando tenía más de 8 años de retirado, nos hicieron partícipes de todos los eventos, los cuales sirvieron de emocionante reencuentro con nuestras raíces en el Instituto. Lo digo así, porque como Fernando y yo nos habíamos separado

físicamente del Tec, con toda intención, para no exponer a Rafael Rangel y a sus colaboradores a “sombras molestas,” el volver al viejo campus de Monterrey, con sus infinitos recuerdos, nos llenó de orgullo. Y nos dimos cuenta cabal de que Rafael Rangel, Rector del Sistema, y Ramón de la Peña, Rector de la Sede del Sistema, en Monterrey — junto con los otros Rectores Regionales — ya se encontraban más que bien consolidados. Para Fernando, pues, sólo quedaba el recuerdo placentero de que de esos 50 años que se celebraban, la mitad habían sido “los suyos.” El aplauso ensordecedor y prolongado en el Teatro Luis Elizondo fue para nosotros un reconocimiento memorable de cariño y aprobación.

Después de tanta celebración y festejo, entramos de lleno al ocaso. Se fueron acabando los grandes viajes — con excepción del “Año de Oro” en que cumplimos los 50 años de casados y nos dedicamos a viajar extensamente como final de fiesta. Logramos bellos paseos a Egipto; a Milano y todos los lagos del norte de Italia; e hicimos un recorrido sensacional por tres ríos: el Danubio, partiendo de Viena para cruzar Austria; el Meno, para cruzar Alemania; y finalmente el Rhin, para llegar hasta Amsterdam. Terminamos diciendo, ¡ qué más puede uno pedirle a la vida!

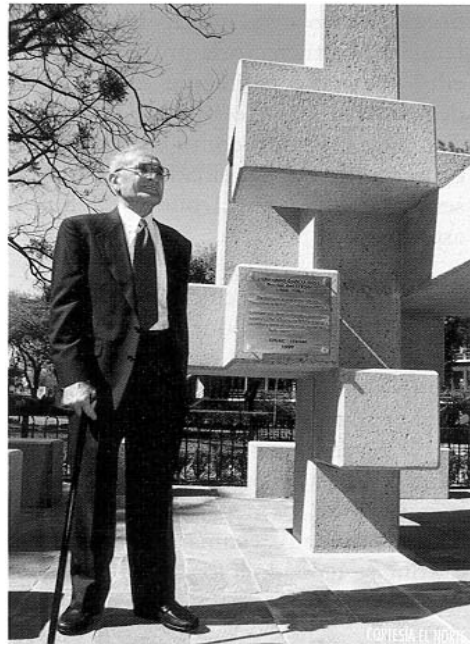
Pero nunca deja de haber novedades. Héctor, nuestro hijo menor, llegó una Navidad con un regalo-sorpresa: “el ratoncito y su manzana” y sin pensarlo, entramos al mundo cibernético. Héctor tuvo que iniciarme a mí en los misterios de la computadora, a la que le puse “la máquina infernal” por algún tiempo. Por fortuna, me sentí obligada a dominarla, ya que el mismo Héctor, profesor de ciencias computacionales en la Universidad de Stanford, en California, me seguía asesorando con paciencia infinita. Espero que el profesor no se sienta decepcionado, pues he logrado preparar electrónicamente

casi todo el material para la publicación de este texto revisado, gracias a mi computadora.

Y llega el momento del punto final, con el recuerdo del acontecimiento más reciente pero con seguridad más conmovedor para nosotros. Con cita previa recibimos a dos “señorones” del Tec: Lorenzo Zambrano, nuevo Presidente de Consejo del Sistema Nacional del Tecnológico y Rafael Rangel, sucesor de Fernando y hasta la fecha, Rector del Sistema. Los dos, ilustres graduados del Tec, pero para nosotros, “muchachos de antaño.”

Con toda amabilidad, venían a invitar a Fernando para que se presentara en el Instituto Tecnológico a recibir un homenaje especial, en que se aprovecharía la reunión anual de los Consejeros de todo el Sistema. Como la invitación se hacía extensiva a mí, al despedirlos, tanto Fernando como yo quedábamos, aunque algo perplejos, muy, muy halagados.

Durante el desarrollo del evento, dentro de un ambiente de festejo, nos convencimos de que el 15 de febrero de 1999 marcaría para nosotros un bello adiós. Hubo discursos y aplausos, entre solemnidades y anecdotarios graciosos; y un grupo de amables paisanos míos (sonorenses, por supuesto) nos entregaron un fino obsequio. Después se develó un “monumento-escultura” en los jardines del Tec, al lado del Árbol de la Fraternidad. Y ahí mismo, Lorenzo Zambrano nos presentó una



Muy satisfecho.



Inauguración de la escultura. Rafael y Peggy Rangel, Lorenzo Zambrano, Laura y Fernando, y Eugenio Garza Lagüera.

hermosa pieza de cristal, con la misma leyenda que lleva el “monumento-escultura.”

Fernando García Roel

Rector del ITESM

1960-1984

Días, años, épocas, compases, sexenios, estaciones...

Flores, hombres, civilizaciones, canciones, gobiernos, cosechas...

Cada entidad marca y demarca su propio tiempo.

Durante el suyo, Ingeniero García Roel, el Tecnológico de Monterrey se expandió y sus maestros y alumnos se multiplicaron en muchas tierras.

Reciba nuestro reconocimiento.

EISAC

ITESM

1999

Texto: Ricardo Elizondo

Escultura: Xavier Meléndez

Para concluir el homenaje, nos invitaron al banquete que anualmente se ofrece a todos los Consejeros del Sistema y que servía de foro espléndido para nuestra despedida de tantos viejos amigos, funcionarios y colegas.

Cierro esta “Secuencia” como lo hiciera al final de “Recuerdos de Una Época,” con las modestas palabras que pronunció Fernando como último agradecimiento.

Como verán... son palabras de él y mías.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DE FERNANDO

15 de febrero de 1999, en el Tec

Cuando Lorenzo Zambrano y Rafael Rangel me invitaron para este evento, me aseguraron que no tendría que hablar. A pesar de eso, temiendo que me podían cambiar las señales, me sentí obligado a pedirle a Laurita, mi más leal consejero por más de 50 años, que me preparara unas sencillas palabras, indicándole lo que me gustaría decir. Como nunca fui orador, mal haría pretender serlo ahora, a los casi 78 años de edad.

Al retirarme voluntariamente del Tec, hace ya 14 años, lo hice con gusto, pensando que había cumplido a satisfacción una misión de trabajo creativo y de dedicación leal a mi institución. Confiaba en que, junto con Laurita, podíamos disfrutar de un retiro tranquilo, con buenos viajes, que incidentalmente, han sido más extensos y variados de lo que jamás imaginé. Además, como habíamos hecho y administrado bien nuestros ahorros, podía ir al supermercado sin tener que consultar el saldo de la chequera.

Sin falsas modestias, pues, sabía que la expansión del Tec, de un solo recinto en Monterrey, a 25 Unidades Foráneas, como las llamábamos entonces, era una realidad. Yo sabía que mi trabajo de largos años, al frente de un equipo igualmente dedicado y emprendedor, compuesto por mis colegas más inmediatos: Santiago Chuck, Ramón de la Peña, Gonzalo Mitre, César Morales, Rafael Rangel y Francisco Abel Treviño (por orden alfabético), y apoyado por los dos Presidentes de Consejo bajo quienes fui Rector, Don Eugenio Garza Sada y su hijo, Eugenio Garza Lagüera, no podía desconocerse. Y que los sueños y afanes se habían concretado en un verdadero SISTEMA NACIONAL DE EDUCACIÓN SUPERIOR.

Si este reconocimiento es por haber cambiado el ITESM de una Institución con un solo campus, a una de numerosos recintos en la República Mexicana, *debe* extenderse el reconocimiento a mis colaboradores ya mencionados, y a muchos Consejeros y Presidentes de Consejo.

Pero, por supuesto, en aquel entonces era imposible imaginar hasta qué punto las semillas iban a fructificar, y que a solo 14 años de mi retiro íbamos a admirar un Tec consolidado, vastamente prestigiado y deslumbrante, con alcances no solo nacionales sino internacionales y ¡hasta globales! Motivo de orgullo para todos los involucrados: los de ayer, los de hoy y los de mañana.

Y para mí, en lo particular, este evento es un reconocimiento no solo acariciado sino sorprendente, pues con sinceridad pensaba que esto, si ocurría, lo vería desde la tumba. ¡Qué bueno que adelantaron la fecha! pues así puedo no sólo agradecerlo en persona sino *compartir* la satisfacción con todos los que fueron instrumentales en el desarrollo de nuestro querido Tec.

¡MIL! ... ¡MIL GRACIAS!



En vida, como mancuerna. En la muerte, siempre recordado.

**Agradecimientos.**

Cuando hay demasiado que agradecer, faltan las palabras. Por eso, para Héctor, mi “asistente de producción,” el más sencillo de los reconocimientos. Fue paciente, generoso e incansable.

Para Rosaura Barahona y Asunción del Río de Sánchez, mis gracias por sus valiosas y atinadas sugerencias.

Y para “mi Fernando,” siempre consecuente colaborador, el cariño acrecentado.